

## Capítulo V

### Red, organización y autoridad en la sociedad civil popular

---

#### Red y dirigencia en la sociedad civil popular

En gran medida, la mayoría de las poblaciones del sur y poniente de Rancagua han surgido como resultado de una ‘colonización’ popular del territorio, dado que los pobladores han jugado un rol determinante, primero en la ocupación del terreno, luego en la construcción de la base urbanística y, durante todo ese tiempo, en la constitución local de la sociedad civil. Es evidente — como se dijo — que el papel jugado en este proceso por las prácticas colectivas de autogestión le ha dado a este sector de la ciudad un sello particular: el de una ‘comunidad actuante’; es decir, un tipo de ‘sociedad civil’ en la que aparece como personaje distintivo un ciudadano local que se caracteriza por su propio sentido de *participación*.

Lo anterior se expresa en que, para muchos de esos ciudadanos, llevar ‘vida de población’ es tan importante — y a veces más — que la ‘vida de hogar’ y que la ‘vida de chileno’. Como se vio, los cabros chicos no sólo juegan en la calle, sino que también se ‘liberan’ en ella, pues allí muchos de ellos encuentran además las solidaridades que no han encontrado en su propio hogar. Por su parte, los cabros jóvenes usan las esquinas y multicanchas como espacios de valor estratégico para su desarrollo personal y grupal, para dar mayor alcance a sus críticas y sentido a sus utopías de futuro. Los hombres adultos, a su vez, buscan en los clubes, canchas o ‘clandestinos’ el mejor lugar para recrearse o sobrellevar sus (largos) tiempos de desempleo. Y, por su lado, las mujeres adultas hacen del trabajo vecinal no sólo un servicio a los demás, sino también un modo de desarrollo personal y de liderazgo local.

Así, el tejido espontáneo de la ‘vida vecinal’ — que fluye sobre calles, plazas, canchas y esquinas — da for-

ma a una densa red asociativa local, a una 'comunidad' en la que prosperan diversas actitudes y conductas *públicas* con un obvio sentido cívico. Como si se tratara de 'republiquetas' locales. En ellas el tejido social privado, pasivo, íntimo, típico de la vida de hogar y en familia, se enreda y extiende con y a través de un tejido social de vecindario, activo, colectivo y referido a la solución de problemas relevantes que afectan a todos en conjunto. Es por esto que, a diferencia de los 'distritos residenciales' donde vive la clase media o alta, las poblaciones populares albergan formas diversas de comunidad (no necesariamente pacíficas u homogéneas) y una *vida de barrio* (o sea: conforme a una cierta identidad o tradición local) en las que, por sobre la relación formal con autoridades e instituciones, prima una vida pública de colectivo y múltiples vidas privadas que, como racimos, bulliciosamente, se enredan con aquélla.

La importancia de esto radica en que la vida pública 'en colectivo' (o de barrio) que se observa aquí no consiste en la pura reiteración de tradiciones pasadas (que es propia de los barrios o "cascos viejos", donde la vida colectiva termina por reducirse a símbolos materiales o 'monumentos históricos', como el viejo almacén de la esquina, el viejo banco de la plaza, el viejo árbol de las inscripciones, etc.), sino en la resolución de los problemas comunes del presente. Esto pone de relieve un rasgo *político* que está ausente en el simbolismo arqueológico de los barrios viejos. En este sentido, la comunidad poblacional contiene, por ello, un valor o significado que no sólo tiene que ver con su pasado y su origen históricos, sino también con su proyección social y política hacia el futuro, que es la vía por donde se une con o impacta en los procesos más trascendentes de la comunidad nacional.

Cuando las viviendas son construidas como parte de una operación pública (o privada) en la que se asocian el Estado y algunos grandes empresarios, las parejas interesadas *compran* las casas o departamentos (ya terminados). En este caso, el conjunto de los compradores configura una 'comunidad' con un sentido mucho menor de autogestión y participación. Los lazos cívicos, allí, son más débiles, cuando no ausentes. Es lo que ocurre con frecuencia en los edificios de departamentos, en los "blocks" habitacionales o en las "villas" de pobladores. Aquí no es tan necesario asociarse para la 'toma' de sitios, ni ayudarse para construir mediaguas de emergencia, ni tomar la pala y la picota para construir veredas o alcantarillados. A mayor nivel socioeconómico de las familias (a mejor empleo de los hombres y mujeres adultos), menor necesidad de recurrir a la autogestión y al trabajo comunitario de todos. A esto se añade el hecho de que los 'compradores' de viviendas (terminadas) suelen irse, cambiarse de casa y de barrio, y al irse arriendan la casa que dejan. Y los que las arriendan, por lo común, no tienen el mismo sentido de comunidad o responsabilidad que los pobladores que 'colonizaron' o "fundaron" sus poblaciones (a mucha honra y orgullo para todos ellos) o que los propios "compradores". Las prácticas de autogestión no aparecen en todos los vecindarios o no tienen el mismo grado de desarrollo, y es la razón por la que los brotes de ciuda-

danía participativa no caracterizan tampoco a *todas* las comunidades populares o locales.

En el caso de las poblaciones estudiadas en este trabajo, la 'comunidad' no aparece, tampoco, como un tejido compacto, ni homogéneo, ni armónico. No es, para empezar, un tejido orgánico compuesto por un conjunto funcional de "organizaciones" locales que integren toda la población. Si las comunidades del sur y poniente de Rancagua han logrado realizar con éxito ciertos trabajos, se ha debido, en gran parte, no a la presencia de organizaciones sólidas y permanentes, sino a la presencia y concurrencia 'inorgánica' de actores diversos con distintos sentidos de participación, a la aparición de formas 'espontáneas' de asociación, y a la acción decidida de un 'grupito dirigente' automotivado y autodidacta. Esta aparente inorganicidad no ha sido ni es, sin embargo, un obstáculo mayor que haya impedido a los pobladores hacer lo que necesitaban hacer. Es como si este aparente 'defecto' organizativo contuviera 'virtudes' propias de efectividad insospechada.

En las poblaciones estudiadas, las organizaciones sociales de tipo formal (es decir: con personería jurídica o de origen legal o institucional) son relativamente pocas: hay Juntas de Vecinos y Centros de Madres (por lo común movidas por un dúo o trío de mujeres emprendedoras), Talleres Productivos (por lo común, las mismas mujeres), centros de adulto mayor, y algunos pocos centros juveniles. Se podría decir que el tejido propiamente organizativo está constituido por un grupo pequeño de dirigentes, cuya actividad 'formal' está regida por la legalidad y referida en gran parte a las autoridades locales. En este sentido, el tejido organizativo formal es extremadamente reducido. Si el impacto o los logros de las actividades que se realizan a partir de este tejido son importantes (según se ve en los trabajos realizados y se indica en el testimonio de dirigentes y pobladores), no se debe a la amplitud y relevancia del tejido formal, sino al entusiasmo de los dirigentes y a sus *relaciones informales* con la masa de los pobladores. Porque si bien la masa de los pobladores no está organizada en términos formales (no se inscriben en las organizaciones o no van a reuniones), sí colabora activamente en los trabajos prácticos que se llevan a cabo para resolver los problemas. De modo que en la base del tejido formal hay un espeso tejido informal de participación, constituido por las 'redes sociales' que se desarrollan y multiplican entre los pobladores mismos y entre éstos y los más bien pequeños núcleos directivos.

Los dirigentes se forman en la práctica de los trabajos comunales y en la teoría que les entregan los diversos cursos que las ONG y agencias estatales ofrecen para activar el "desarrollo local". Es evidente que ser originario de la 'pobla' y la diaria práctica de terreno dan a los dirigentes un conocimiento casi completo de todas las familias convivientes en la población, además de los dirigentes de otras poblaciones. De este modo, el dirigente puede mantener relaciones activas con la mayoría de los vecinos: los conoce a casi todos, sabe de sus problemas, conversa a menudo con muchos de ellos y es, por eso, de

sobra conocido por la mayoría de la gente adulta. Estas relaciones (informales) no se constituyen en la sala de reuniones sino, principalmente, a través de las ‘visitas’ que realiza el dirigente y a lo largo de su ‘movilidad callejera’, pues pasa gran parte de su tiempo en la calle, en diligencias varias. Se suele pensar que la organización se ‘identifica’ con la sala de reuniones y que ‘consiste’ en el calendario de reuniones que se efectúa en la sede formal de la misma. Los hechos, sin embargo, muestran que esa sala y esa sede suelen estar la mayor parte del tiempo vacías. Que la comunidad vecinal se constituye, en gran parte, en torno a las ‘relaciones’ que el dirigente construye moviéndose por sí mismo en todo el territorio ocupado por las redes poblacionales y en el que la separa (o une) a las redes institucionales del Municipio y del Estado. El conjunto de esas relaciones suele desarrollarse más en el espacio informal de la calle que en el espacio formal (puertas adentro) de la sede. En rigor, el movimiento callejero del dirigente debe ser entendido como la forma en que realiza su *inserción orgánica en el tejido asociativo espontáneo de los propios pobladores*.

Al hacer eso, es decir: al ‘visitar’ el dirigente las ‘redes asociativas’ de los pobladores en su propio espacio (la calle), no hace sino convertirse en el referente orgánico móvil de esas redes. Y en este sentido, las redes ‘absorben’ la dirigencia orgánica y, al hacerlo, le dan a ésta su sentido funcional (además de su ‘sentido práctico’, que es motivo de un notorio orgullo para los dirigentes, pues es ese sentido práctico el que les permite obtener “el apoyo” de los vecinos y el éxito en los trabajos que se emprendan, *pese* al bajo índice de ‘organización’ existente).

¿Sería mejor que la comunidad constituyera sus redes espontáneas de una manera centralizada; es decir: en el marco de lo formal, adoptando el modelo de ‘organización con personería jurídica’ en el espacio físico de la “sede”? ¿O es que la comunidad no opta por ese modelo porque siente que *no es necesario*? ¿Que la integración de la dirigencia vecinal a las redes informales, en plena calle, es un modelo socialmente satisfactorio?

Las redes asociativas espontáneas (como las que desarrollan los cabros chicos en la calle, los jóvenes en las esquinas, los hombres en torno a las canchas y las mujeres en relación con sus talleres) se caracterizan porque recogen de modo más directo las inquietudes privadas y aun íntimas de los pobladores, porque amparan situaciones de desconcierto y crisis, y la búsqueda de amistad, identidad y valores compartidos. Las redes reciben mucho antes que las organizaciones el impacto de los problemas y las crisis, y también producen mucho antes la crítica, la opinión y la propuesta. Las redes sociales, por ello, se encuentran siempre animadas por una permanente ‘conversación’; por ininterrumpidos intercambios orales que hacen circular los problemas, la frustración y los intentos de salida. No necesitan ‘tablas’ para ‘seguir’ la conversación, ni jerarquías que ‘ordenen’ el debate y ‘obliguen’ a tomar decisiones. Ni se enfrentan a la dificultad de hacer públicos y abstractos los problemas que, en el fondo, son personales y privados. La red social espontánea mantiene los problemas en un conveniente plano personal, privado y no sujeto a reglamentos. Es esto, sin duda,

lo que hace que los grupos de esquina sean más numerosos y dinámicos que los “centros juveniles”; o la charla informal de los talleres femeninos más concurrida y animada que las reuniones de la Junta de Vecinos; o la discusión en torno a los compromisos del club deportivo una preocupación más involucrante y entretenida que las cuentas que pueda entregar la directiva en torno a los acuerdos o desacuerdos con los funcionarios del Municipio o la Gobernación.

De hecho, la comunidad popular se constituye primero en sus redes asociativas informales o semiformales *antes* que en el tejido legal de las ‘organizaciones’. En este sentido, el grupito de dirigentes es, a la vez, parte orgánica de esas redes y enlace puntual con la institucionalidad general del país. Lo primero lo logrará el dirigente si se mueve por sí mismo a lo largo y ancho de esas redes; lo segundo, si se mueve por sí mismo hacia y desde las agencias públicas y si asiste a los múltiples cursos que se ofrecen (para ajustar su relación con *esas* agencias). Lo primero le da legitimidad (indispensable para ser un buen dirigente y activar la autogestión colectiva); lo segundo le imprime un sello variable de autoridad y eficiencia (indispensable para obtener recursos y apoyos externos que se sumen a los de la comunidad).

En este contexto, mientras los dirigentes operen de ese modo (arraigados por movimiento propio en la red asociativa local), se sentirán responsables frente a su propia gente y no tanto frente a las autoridades. Durante la década de 1960, los dirigentes tendían a insertarse más en el tejido institucional (político-partidario, en especial) que en el local, razón por la que tendían a ser responsables hacia arriba y no hacia abajo. Ahora, en cambio, los dirigentes se sienten más unidos a su base que a las agencias públicas. Con respecto a éstas, han acuñado una opinión más bien crítica, lo que contrasta con la que tienen respecto a la comunidad local, a la que consideran el ámbito natural de su acción *política*. Reconocen una militancia social local más bien que una de tipo partidario nacional. En este sentido, es claro que esta particular articulación entre redes sociales de base y grupitos de dirigentes vecinales responsables hacia esa base ha configurado un tipo de ‘sociedad civil’ y un ‘espacio cívico’ peculiares en los que, sin duda, está incubándose un nuevo tipo de ciudadano.

El hecho de que los dirigentes vecinales —aun siendo un grupo poco numeroso— se hayan arraigado en las redes locales más que en la red institucional pública parece estar forzando a esta última a ‘bajar’ hasta el punto en que el dirigente se relaciona con sus bases, en un intento por ‘legitimar’ sus políticas y aumentar el ‘impacto’ de éstas, simultáneamente. En el caso de Rancagua, esto se expresa en la creación, por parte del Municipio, de Comités de Desarrollo Local (CDC), que apuntan a trabajar codo a codo con los dirigentes en su *punto de intersección* con las redes locales.

La medida tomada por el Municipio es de alto interés político, sin duda, aunque cabe preguntarse por el impacto real que esa medida tendrá y dónde concentrará su mayor efecto: ¿mejorará la capacidad de los dirigentes para conseguir mayores recursos externos para los trabajos

de autogestión local? ¿Disminuirá la inserción local de los dirigentes y sus actuales índices de legitimidad, para beneficio de los equipos técnicos y políticos del aparato institucional? ¿Resolverá los problemas de fondo que suscitan la tendencia de los cabros chicos, jóvenes, mujeres y hombres adultos a ‘refugiarse’ y ‘buscar apoyo urgente’ en sus múltiples redes de carácter privado e informal?

Las preguntas anotadas configuran, sin duda, el horizonte y el contexto histórico y político de la ‘sociedad civil’ que ha emergido desde el fondo de las poblaciones aquí estudiadas.

### Las redes asociadas a la dirigencia femenina

La aparición en los sectores populares de bolsones de un nuevo tipo de sociedad civil y de un nuevo tipo de ciudadano tiene que ver, fundamentalmente, con la forma en que —desde 1992 o 1994— se han desarrollado de modo ‘protagónico’ (es decir, con un impacto en la realidad circundante), por una parte, redes asociativas espontáneas de la masa poblacional; y por otra, las formadas por los grupos dirigentes vecinales. Ha sido el surgimiento de estas redes lo que ha hecho aparecer, a su vez, una definida noción y práctica de ‘militancia social’ que, junto con vincularse a los procesos de desarrollo local, tiende a desvincularse de la política nacional-parlamentaria. Así, esta militancia ‘social’ ha terminado por convertirse, de un modo u otro, en un modo *vecinal* —pero civilista y pragmático— de ‘hacer política’.

118

En este proceso resulta fundamental el rol jugado por las mujeres pobladoras. En los casos estudiados, ellas han sido quienes, por una significativa mayoría, han nutrido los ‘grupos dirigentes’ que, al entender y practicar su labor de dirigentes como un infatigable ‘trabajo de calle’ (público), se han instalado en un punto estratégico: aquel donde se entrecruzan y empalman, de una lado, los aparatos institucionales del Municipio y del Estado; y, de otro, las redes informales de la masa poblacional.

El rol estratégico ocupado actualmente por las mujeres-dirigentes de los sectores sur y poniente de Rancagua se basa en que se han instalado con fuerza en cuando menos tres núcleos organizativos (públicos) fundamentales: las Juntas de Vecinos, los Talleres Productivos y los Centros de Madres.

El primero de esos núcleos (las Juntas de Vecinos) les ha permitido y permite operar con y desde la legalidad, sobre la base de ‘cargos’ que revisten un carácter institucional-representativo y dan la ‘autoridad’ mínima necesaria para solicitar legítimamente el *apoyo* de los vecinos y los *recursos* pertinentes del Municipio, del Estado y de otras fuentes. Es claro que la dirigente vecinal opera como mediadora entre la comunidad local y los aparatos públicos del Estado y que, en virtud de esa intermediación, puede construir una doble red de relaciones: una de cara al Estado y las fuentes no-vecinales de recursos, y la otra de cara a las múltiples redes informales del vecindario. A través de la primera, las mujeres dirigentes desarrollan relaciones con alcaldes, concejales, funcionarios municipales, gobernado-

res, intendentes, personeros de empresas privadas, profesionales de ONG, representantes de agencias extranjeras, etc. (no necesariamente con La Moneda, los ministros, los parlamentarios o los partidos políticos). A través de la segunda, desarrollan relaciones de apoyo y servicio con los grupos, redes y organizaciones propias de los pobladores. Y está claro que, para trabajar en ambos frentes, necesitan moverse en la *calle*, uniendo las casas, las redes y los edificios claves.

Los hechos muestran que las mujeres dirigentes le han dado a su trabajo en la primera red (con el aparato institucional) un marcado carácter *utilitario* (sacar recursos), mientras que, con respecto a la segunda (la de los pobladores), han asumido una actitud más compleja: de lealtad, de identidad personal y colectiva, de sentido igualitario, de opción por la soberanía de la comunidad local, etc.; todo lo cual tiene que ver con la carga de significados y valores que le dan a la expresión 'lo social'. No hay duda de que el centro de gravitación de la actual dirigencia femenina no es el Estado, sino la misma 'pobla' y, en especial, su relación directa, cara a cara, con los vecinos. Esto se debe, en parte, a que esa relación no es sólo una relación 'pública', sino al mismo tiempo una relación 'privada', en el sentido de que también ampara el desarrollo personal, social, cívico y de género de esas mujeres (en tanto que pobladoras y mujeres), como también el de todos los vecinos. El desarrollo local del vecindario no sólo implica éxito o fracaso de una dirigencia, sino también, en este caso, la viabilidad o no viabilidad de una forma específica de desarrollo personal, de género y social. El desarrollo local y el desarrollo personal, al unirse tan estrechamente, se potencian mutuamente, y la doble potenciación resultante fortalece a la vez, de paso, las redes de una emergente 'sociedad civil' poblacional.

Es ilustrativo, en este sentido, el hecho de que ser dirigente de una Junta de Vecinos significa, en la práctica, que la dirigente debe operacionalizar su cargo, primero que todo, buscando y utilizando el *apoyo efectivo* de su base social. Esto implica 'mover' una población que, como promedio, está compuesta de unas 200 o 300 familias y unos 1.500 pobladores (como mínimo). De modo que, para empezar (ser electo dirigente), es necesario obtener el apoyo 'pasivo' de un promedio que fluctúa entre 90 y 120 electores. Luego, la mujer-dirigente electa tendrá que trabajar y moverse para obtener el apoyo 'activo' de un número próximo a las 1.000 personas. Dado que la solución de los problemas vecinales requiere hoy de una creciente dosis de autogestión, el dirigente que quiere ser eficiente necesita incorporar el máximo de vecinos a las tareas comunitarias, y esto lo obliga a estar en permanente movimiento y tomando contacto con las redes sociales informales de la población. El dirigente sabe perfectamente que obtener el apoyo de la masa vecinal es hoy un requisito fundamental para el éxito, no sólo del dirigente, sino, principalmente, del mismo movimiento poblacional. Por eso, su lealtad estratégica es hacia su red 'social de base' y no hacia la red engarzada en la política 'nacional'.

Así lo sostienen, explícitamente, las mujeres dirigentes, y aun los mismos dirigentes masculinos. Como lo señala don Manuel Soto (pre-

sidente de la Junta de Vecinos de la población 5 de Octubre), en presencia de la señora Jacqueline Cantillana, de la misma población:

—Yo soy bien hormiguita, bien trabajador, pero con apoyo de los vecinos. Aquí las cosas se hacen cuando hay apoyo. Aunque uno tenga la mejor disposición a trabajar, no se puede hacer nada sin ese apoyo... Bueno, yo quiero ser bien sincero: de política entiendo re-poco, pero sí entiendo de cuando hay anhelos y deseos... Yo siempre les digo a los vecinos que puede que alguien dé una idea, pero si no hay apoyo se va a las pailas; la idea se pierde. Aquí hay que saber conquistarse a los vecinos.

En el mismo sentido se pronuncian las señoras Irma Faunes e Irma Toledo:

—Mira, yo digo que toda la fuerza la hace la agrupación de la gente. Por eso yo digo que las juntas vecinales deben actuar unidas... Pero con una buena cabeza... Pero si las juntas vecinales no son más que el presidente, el secretario y el tesorero... no hay poder... ¿Cuándo hay poder? Cuando las juntas vecinales, como la tuya o la mía, por ejemplo, citan a la gente y la gente va con nosotros y tenemos 70, 80 o 100 personas... Entonces ahí sí, porque actuamos juntos, trabajamos juntos. La de la Isabel, igual. La Isabel mueve gente... Este tipo de juntas es lo que se necesita... De las 180 juntas que hay, hay unas 20, la mayoría son del Sector Poniente, que trabajan con la gente y que detrás de ellas tienen 20, 30 o 50 personas... Como yo les dije, soy presidenta, pero de todo el barrio; yo no soy de una parte o de otra: yo a todos los tomo igual. Uno tiene que llamar a la gente y preguntarle qué es lo que quieren.

120

La conciencia de que “nada se puede hacer si no hay apoyo del propio vecindario” implica que los dirigentes deben estar siempre consultando, atendiendo y motivando a ese vecindario. Una de las formas en que eso se realiza es a través de “consultas a la asamblea”. Se asume que el directorio realiza las gestiones institucionales y las visitas a terreno, pero que para la “ejecución de los proyectos” es indispensable consultar a, y trabajar con, la asamblea de los pobladores. Así lo concuerdan las dirigentes Irma Faunes, Irma Toledo y Elsa Zegers:

—Uno tiene que consultar a la asamblea cuando es una decisión muy dividida en el directorio... Lo mejor es consultar a la asamblea y atenerse a lo en ella decida, aunque a mí me duela de repente que uno tiene que hacer lo que no quiere hacer y le toca hacerlo verde y uno quería blanco, entonces hace lo verde porque la mayoría quería verde... En la ejecución del proyecto donde uno debe respetar a la asamblea. Las relaciones públicas las hace la presidenta y la tesorera o la presidenta con la secretaria.

La práctica de la consulta a las bases tiene otra ventaja importante: impide el desarrollo de relaciones “paternalistas” entre la dirigencia y la base social, riesgo que es inminente a partir del rol ‘utilitario’ de la dirigencia frente a las redes institucionales, de las que —como se dijo— se sacan “recursos”. Es lo que expresa doña Irma Toledo:

—Cuando entré en esto de ser dirigente de la Irene Frei me propuse superarme: busqué contactos, hablé, conversé, me ayudaron, qué se



yo... y no sé si lo soy realmente, pero trato de llevar todo lo que puedo para mi población sin ser paternalista tampoco, porque uno no puede ser paternalista porque la gente se acostumbra a que uno sea paternalista con ellos. Uno tiene que dar a la gente, pero también tiene que recibir de ella, o sea: ambos tenemos que darnos apoyo...

La 'consulta a las bases' se suma a la 'atención' que las dirigentes dan a esas bases cuando son los propios pobladores los que van donde sus dirigentes a exponer sus cuitas y problemas. Mientras más integrado está un dirigente a las redes sociales de los vecinos, mayor es la demanda de atención que reciben las mujeres dirigentes.

—Y en mi casa pasan a cada rato tocando el timbre —cuenta la señora Isabel Rosales, de la población San Francisco—, y a cada rato estoy atendiendo a personas. Que 'Chabelita, me puede ayudar en esto', y yo: 'ya, ningún problema, vamos a la sede y ahí la vamos a atender'. Yo las llevo, les explico más o menos a lo que va la señora y la dejo solita después para que ella... Pero a veces yo las acompaño, porque así ellas se sienten respaldadas. Hasta el final yo las acompaño. Hasta el final, fíjate. Porque ahí ha fallecido gente de muy escasos recursos; gente que ha estado casi un mes metida en la morgue y nosotros, con mi colega María Zúñiga, vamos y retiramos el cadáver, fíjate, y lo sepultamos nosotros. Así que hasta más allá de lo último estamos con ellos. También hemos pedido autorización para bautizar guagüitas cuando están en la morgue, para que no se vayan así. Pero, mira, en la parte social hemos ayudado a tanto enfermo, a tanta gente fallecida, a tantos niños. Porque aquí también tuvimos abusos deshonestos con una mocosita... Porque si a ti te vienen a contar eso, tú no puedes hacer oídos sordos. Yo me acuerdo que en este caso estuve hasta las cuatro de la mañana en el hospital con la mocosita, y el padre detenido, porque era el padre. Entonces así es la cosa. Hemos puesto aquí en el Cotelengo a gente que hemos sacado casi podrida, hija, podrida, podrida. Enfermos con hemorragias internas y que han estado botados aquí por semanas. Podridos. Y nosotros vamos y con nuestras manitas los sacamos. Es algo terrible. Y así, fíjate, pasan todos los días. Que esto, que lo otro. Cosas graves, otras no tan graves. Hay otras que si tú te metes la mano al bolsillo puedes solucionar, y lo hacemos...

La atención de demandas directas contribuye a que las dirigentes acumulen un extenso y profundo conocimiento de la situación y problemas de todos y de cada uno de los pobladores de la población que les corresponde. Conocimiento que pueden manejar y exponer como si fueran trabajadoras sociales profesionales o como lo haría un cientista social de rango académico. Es lo que muestra doña Virginia Lizana, de la Villa Corazón:

—Yo conozco a la mayoría de la gente que vive acá. Bueno, de a poco la he venido conociendo un poco más. Hay gente que vivía en la Irene Frei, que se casaron y se vinieron. Gente nueva ¿no es cierto?, matrimonios que se vinieron de la Lourdes, gente de la San Francisco, toda gente que antes arrendaba. Hay algunos mayores; por ejemplo, aquí tenemos un monumento que es la abuelita que vive aquí a casa por medio, que tiene 92 años. Ella era de la San Francisco, allí arrendaba y quedó viuda joven y, bueno, su hija se metió en esta cooperativa. Y les tocó vivir peripecias, cuando no podían pagar el arriendo. Tuvieron que venirse de allegadas y aquí les hicieron unas ranchas. Gente que sufrió

harto, gente de escasos recursos, que no tenían dónde vivir. La de aquí es gente que trabaja en las ferias, gente que trabaja de particular o en El Teniente (son tres o cuatro no más). Hay otros que se han ido acomodando a última hora en el Súper Pollo. En general es gente de escasos recursos. Lo bueno que tiene esta Villa es que la gente es humilde pero limpia... A lo mejor en los hogares no hay mucho, a lo mejor menos que mucho, pero la gente no se aprovecha de eso para sacar provecho.

El conocimiento de la realidad social opera en las dirigentas como un ancla o un factor de lealtad que las obliga a seguir desarrollando su 'militancia social' y a profundizar su lazos de compromiso y solidaridad con la comunidad vecinal.

—Doy gracias a Dios por haberme enfrentado a eso —dice doña Isabel Rosales—, porque te ayuda mucho a ver la realidad. Yo tengo mi propia realidad aquí, dentro de estas cuatro murallas, y me esfuerzo para que no me falte esto ni lo otro, que no me falte nada. Pero al salir tú a la calle, a 'terreno' como le llaman, te encuentras con una realidad bien diferente, y es terrible. A mí me costó mucho tener que acostumbrarme a esto. Lloraba infinidades. Yo lloraba mucho cuando llegaba un niño a pedirme un helado; un niño gordito, de cachetes rosados... y él feliz jugando en el barro. Es una realidad que tú no ves en tu casa, y te desgarras. Y tú ves la realidad de los jubilados, gente de sesenta o setenta años que han trabajado tanto y que ya son tratados como desechables. Cuando llegamos a viejos nos ponemos desechables. Y con lo que ganan esos viejos no les alcanza para nada. Tengo una señora que gana 20 mil pesos al mes. Tiene su marido, pero el caballero es enfermo del corazón y ella también es enferma del corazón. Así y todo, ella es un ejemplo, porque ella siempre aporta todo lo que hay que aportar... Y eso te hace sentir bien, porque tú ves que te están respondiendo. Y eso es rico... Y ya no puedes parar de hacer la labor que hacemos. No puedes parar tú de ver que a esta persona le falta esto, que la otra aquí, que la otra allá. Que vamos sepultando gente. Y así, tantas cosas, tantas emociones diferentes... Problemas así, a veces más grandes, a veces más pequeños, todos los días llegan a mí... Yo llevo en esto ¿cuántos años ya?, y todavía mi casa no la hemos terminado bien, pero se la hemos terminado a casi todo el mundo, claro que siempre con la ayuda de la gente y las autoridades...

—Aquí los niveles de pobreza son altísimos —sostiene por su lado la señora María Eugenia, dirigente de la población Irene Frei—, sí: altísimos. Hay personas que a veces no tienen qué comer y hay casos en que a mí me ha tocado ir a pedir, qué sé yo, para una colecta, y me he sentido tan mal porque la gente me dice: 'no, no tengo; ¿sabe? hoy día ni siquiera tuve p'hacerle a los niños qué comer'. Entonces me dan ganas de, en vez de pedir, dar. Pero si uno se pusiera a darle a toda la población... ¿de dónde saca uno pa' darle? Y ¡jojo! yo no soy paternalista, pero me duele el dolor ajeno, sobre todo que los niños pasen hambre. Esto me duele muchísimo, porque yo misma lo pasé, entonces no me gusta esto... Y no es cosa que uno reciba de Dios y uno no entregue a los demás nada. Por eso uno también tiene que entregar algo a los demás.

Es evidente que la lealtad preferencial que las dirigentas dan a las redes sociales de la propia base poblacional —lealtad que contiene dimensiones de tipo afectivo, solidarias, valóricas e incluso interpersonales— está basa-

da en un fuerte sentido de identificación con los problemas de sus vecinos, los que no son ni pocos ni pequeños. De esta manera, la red social de apoyo de la dirigencia vecinal es extensa y no se reduce al funcionamiento formal de 'la asamblea', puesto que incluye además una intensa red de interacciones afectivas y solidarias entre las dirigentes y las familias más necesitadas (que son la mayoría), que se desarrolla, de preferencia, en la calle (desde el timbrado en la casa de la dirigente hasta los entierros en el cementerio local).

Ante esa lealtad preferencial, la red de relaciones de las mujeres dirigentes con el aparato institucional no puede sino ser pragmática y utilitaria. Es por eso que, por ejemplo, los múltiples cursos de capacitación que la Municipalidad o el Estado ofrecen para que las mujeres perfeccionen su rol dirigente en relación al 'frente estatal' de su acción y en acomodación a las políticas públicas de desarrollo local, terminan siendo asumidos por esas mujeres como una potenciación de su propio desarrollo *personal* y del *servicio* que entregan a 'su' gente. La señora María Eugenia, por ejemplo, cuenta que, como dirigente, ha asistido a cursos de liderazgo, de elaboración de proyectos, de marco jurídico (leyes sobre Juntas de Vecinos), de contabilidad y auditoría, etc., sin contar los cursos de manualidades. Sin embargo, la intensa exposición a cursos ofrecidos desde el frente estatal no la ha transformado en un mero instrumento de las políticas sociales del Estado, sino en una dirigente que lucha según la lógica y perspectiva de sus propias bases.

123

—Ahora cada dirigente sabe cómo tiene que hacer un proyecto —agrega la señora María Eugenia—; sabe con quién tiene que hablar ¡qué sé yo!, sabe a qué oficina dirigirse para ver al alcalde y no llegar todo timorato preguntando dónde atenderá el alcalde, dónde tiene que ir para encontrar al gobernador o al intendente. Entonces son cosas que uno va aprendiendo. Antes se trabajaba mucho el paternalismo, ¿no es cierto?, pero ahora no, porque el dirigente de ahora va a la pelea por la causa por la que lucha *poh*. Y esto es lo lindo, porque el dirigente, como tú puedes ver, no está dado por la autoridad; entonces lo que hace, lo hace porque le nace y si le nace tendrá que hacerlo para que le salgan bien las cosas. Y bien, no creo que mal...

La lealtad a su base social de apoyo impide pues —según señala doña María Eugenia— que el dirigente incurra en paternalismo o en clientelismo estatista. Esa lealtad, más bien, permite que la capacitación institucionalista que entrega el Estado sea utilizada por el dirigente para perfeccionar su 'pelea' por la causa social que representa; pelea que, eventualmente, puede ser dirigida incluso *contra* el aparato institucional dueño de los "recursos".

El esfuerzo de las dirigentes por capacitarse y a la vez por dar con más éxito su "pelea" en pro de los intereses de la base poblacional forma parte, a su vez, del esfuerzo que ellas realizan para avanzar en su propio desarrollo *personal* como mujeres. Como se dijo, aquí los intereses personales se funden y confunden con los intereses del movimiento poblacional mismo, puesto que esas mujeres asocian y definen su desarrollo personal como el desarrollo de su servicio público a la comunidad local.

El desenvolvimiento de la nueva dirigencia poblacional se funde con historias de vida en las que la 'militancia social' (o la posibilidad de "participar") ha sido un factor determinante para la liberación y desarrollo personal y cívico de muchas mujeres que, de no haber sido por esa militancia, habrían permanecido en la oscuridad de las labores puramente domésticas. El consenso es unánime:

—En realidad —dice la señora María Zúñiga, dirigente de la población San Francisco—, esto ha sido súper bueno, porque en mi juventud yo no salía de la casa. Me casé cuando tenía 19 años, a los 20 llegó la primera hija y así fueron llegando hijos y yo estaba solamente metida en la casa. No salía. Era una pura dueña de casa. Pero después, cuando llegué a Rancagua, empecé a salir, encontré unas amigas en la población y empecé a conocer el mundo de afuera, y con todo esto de las organizaciones yo me he ido conociendo, teniendo amistades. O sea: soy conocida ahora por montones de gente, de distintos niveles. Yo soy así: converso con quien me hable. No estoy mirando qué clase de político es. No: para mí son todas las personas igual. Lo que me gusta es la amistad, pero que sean sinceros... Aquí tengo hartos quehacer. En la mañana me levanto temprano, me hago mi tiempo. He llegado al minuto en que el hecho de participar ya es parte de tu vida diaria. O sea: yo tengo bien claro que estar participando, ya sea en la organización o en lo que sea, es como construir algo y tu vida real partió de esto. Sin dejar de lado la casa, por supuesto. Pero esto de tener el alimento de participar en algo... no se puede dejar, no se puede renunciar... Yo no tengo lindas palabras, pero a mi manera yo me siento feliz.

124

—Yo siempre... mira, desde muy niña... yo te digo desde que entré a Caritas Chile —apunta doña Irma Faunes— yo me aboqué realmente a lo social. Dejé muchas cosas. Podía haber seguido estudiando, pero yo dejé todo; me dediqué tanto a lo social que después me olvidé de mí... ¿Ves tú? Entonces esto de lo social te nace, lo tiene uno adentro, eso. Uno no ve que si fulano o merengano o sutano; no. En el momento dado, punto: si es ser humano, hay que darle lo que necesita... Mis hermanos me dicen: 'trabajai tanto, tonta, y no ganai ni un veinte'. Pero me doy cuenta que puedo entregar mucho más y me motiva mucho el dolor ajeno. Entonces eso. No sé. Yo lo tengo muy dentro de mí...

—Yo creo que es buena la experiencia porque así uno aprende de todo —comenta la señora Virginia, de Villa Corazón—. Aprende de la gente más humilde a las personas más educadas y de otras no tan educadas tampoco. Y uno tiene contacto con tanta gente que uno conoce que de repente nos molesta, porque de repente dicen sí y de repente dicen no. Pero gracias a Dios he tenido buenas experiencias, muy buenas experiencias... Me he dado cuenta que hay harta gente que a una la estima. Por último estás en contacto con todos, estás vigente... Uno aprende hartos, aprende hartos, sobre todo yo. Yo, cuando me casé, a los quince, no había terminado mi enseñanza media. Sólo llegué hasta octavo. Pero ahora aprendo y una va aumentando sus conocimientos. Cuando tienes que leer, cuando estás al tanto de tantas cosas que te ayudan a aprender más que si fueras al colegio. Porque en el colegio les enseñan hartas cosas por obligación, que ni siquiera las practican. Uno va aprendiendo como sola, sola, porque los problemas que se suscitan acá la obligan a uno a informarse de todo... y a sacar el bla-bla, ¿cierto?, para poder hablar con este señor, y si el señor no la atiende a una o no tiene

tiempo, hay que ir de nuevo y esperar y darse otra vueltecita... qué se yo. Una tiene que estar siempre molestando. Y así una va aprendiendo sola. He logrado hartas cosas, pero pierdo todo el día en la calle...

—¡No sé, poh! —exclama la señora María Eugenia—. No sé poh: me gustó. Aparte de ser dueña de casa, de hacer pan, de hacer empanadas, de hacer todo, me fascina estar en esto.

—Yo estoy contenta de todo, de ser lo que soy —interviene la señora Isabel Rosales—. No aspiro a más. Lo único a lo que aspiro yo es al respeto de las personas. Tanto yo entregar respeto como que ellos me entreguen respeto, llámense autoridades, llámense indigentes, etc. Eso es todo lo que quiero y nada más.

El segundo núcleo organizacional en el que se han instalado con fuerza las mujeres pobladoras está compuesto por los Centros de Madres y los Talleres Productivos. Si las Juntas de Vecinos permiten a las dirigentas constituirse en una especie de autoridad situada legítimamente entre la institucionalidad pública y la base social del vecindario, los Centros y los Talleres las sitúan en una posición relativamente privada, social, abierta a todas las mujeres que quieran ‘participar’ allí y que, en definitiva, viene a complementar —desde la perspectiva cultural, productiva y de género— el desarrollo personal y cívico del grupo femenino dirigente. No hay duda de que el núcleo formado por los Centros y los Talleres proporciona al núcleo formado por las Juntas de Vecinos una plataforma socio-cultural de apoyo y un espacio de retaguardia en el que ‘semillan’ y se forman los cuadros dirigentes femeninos, tanto los que están activos en la ‘calle’, como los que permanecen en las ‘sedes’, de reserva.

El núcleo de Centros y Talleres está formado por un grupo relativamente organizado y permanente, que no es cerrado, sino abierto hacia abajo: se conecta directa y fluidamente con las redes informales de mujeres (tanto parentales como vecinales) no de una sino de varias poblaciones. Es en esta red y en los distintos circuitos que la constituyen donde se inicia el desarrollo *personal* de las mujeres, y es en su enlace con la red de la Junta de Vecinos donde ese desarrollo continúa, asumiendo aquí un definido carácter *cívico*. En la práctica, la red social formada por los Centros y Talleres fomenta y fortalece la camaradería femenina, gira en torno a la “amistad” —que tanto valoran ellas— y pone en juego también la opción por ‘lo social’, sólo que bajo una práctica más privada y menos atada a responsabilidades públicas (como es el caso de las Juntas de Vecinos). Es en este carácter abierto y privado donde radica, precisamente, el atractivo de esta red, que induce a muchas jóvenes y adolescentes —por lo común hijas o nietas de las socias habituales— a integrarse. Así se produce la cooptación de nuevos contingentes femeninos para mantener y reproducir la nueva dirigencia poblacional.

Para integrarse a un Taller productivo no se pone ninguna cortapisa.

—En los talleres —informa la señora Adriana Soto, de la población El Trapiche— participan señoras de mi edad, señoras de tercera edad, jóvenes. Nosotras no estamos admitiendo sólo a gente de una sola edad, sino a todo el que quiera participar. En los talleres de pintura tenemos incluso hasta lolos hombres.

Los talleres son productivo-artísticos, lo que permite, de un lado, desenvolver las aptitudes creativas de las personas que se incorporan; y de otro, la posibilidad de vender lo realizado y ganar dinero. Así, se ofrecen talleres de cestería china, de peluches, de policromía, de pintura al óleo, etcétera.

—Yo nunca había participado en un taller —cuenta la señora María González, de El Trapiche—, nunca lo había hecho. Es que yo soy tímida y me daba no sé qué, porque como que yo soy muy notoria. Pero ahí como que yo estaba ocupando un lugar más no ma'... Y entré y me gustó. Empecé con el peluche, después me gustó el óleo, entré a cestería china, pero no me gustó. Estoy esperando el óleo de nuevo: ¡es lindo! Yo, al menos pinté dos cuadros. Uno de ellos lo vendí... Peluches vendí pero cualquier cantidad, hartos, y eso me significó ganarme mi platita...

—Imagínese que con lo poco que yo aprendí de peluches —interviene la señora Adriana Soto— he hecho clases de peluches, clases de peluches... Es eso lo que yo les digo a las señoras cuando estamos en los talleres: que debemos organizarnos, porque todo lo que se está aprendiendo puede venderse.

En Las Tranqueras, en cambio, el Taller se orientó inicialmente hacia los “huertos familiares”. Asistieron cerca de 20 personas y varias de ellas han conservado sus huertos y siguen aplicando las técnicas aprendidas. Después incluyeron talleres de repostería, de folklore, de aeróbica...

—Hasta hoy se conserva la técnica de hacer los huertos, pero también el secador de frutas, el horno —dice la señora Carmen Valdebenito—. La mayoría tiene un horno de barro. Son dos tarros y después se le hace fuego abajo. Y uno no tiene que estar calentándolos como los hornos de antes (uno tenía que barrerlos por dentro y revolverlos). No: ahora se les hace fuego por abajo.

En Puertas de Fierro, el Taller se especializó en pinturas en género, cerámica en frío, soft, muñecas, flores artificiales, canastos, manteles y cubrecamas a crochet, etc. El Taller tenía ya quince años de antigüedad en 1998, y es informal, porque “no está inscrito en ninguna parte”.

—Trabajamos en pintura de género, en cerámica en frío, en tantas cosas —dice la señora Laura—; todos esos trabajos hemos hecho. Ya no tengo dónde poner flores en mi casa. Mi marido me dice: ‘Esta casa parece cementerio’... Hemos trabajado también en soft, con muñecas, haciendo canastos de estos de papel de diario. Hemos hecho tantas cosas, tantas. Nosotras trabajamos y vendemos nuestras cositas. Mandamos a otros países nuestros trabajos, sobre todo los manteles y cubrecamas a crochet. Somos doce socias... Ahora me las estoy dando de profesora. Trabajamos en forma individual, porque no estamos inscritas; somos todas de la Junta de Vecinos y no estamos inscritas en ninguna parte. Somos en forma individual. Nos juntamos porque queremos, no nos obliga nadie, y es más bonito. Compartimos allá todos los miércoles y hacemos onces. Nos toca por dos socias. Me tocó un miércoles con otra amiga y llevamos un termo con té, un queque y lo compartimos con el grupo. Lo pasamos súper bien. No tenemos directiva, no: aquí somos todas iguales... Todas somos vecinas.

Es importante lo que dice la señora Laura: “Nos juntamos porque queremos, no nos obliga nadie, y es más bonito; somos todas iguales”. Aso-

ciarse a un taller es una opción libre; pertenecer a un taller es una práctica relajada. No hay 'obligaciones' ni 'autoridades' que impliquen compromisos coercitivos o directivas que hay que obedecer o ejecutar. Un Taller es un espacio social en el que priman la libertad y la igualdad, y en el que se cultivan las aptitudes productivas y artísticas, se gana dinero a la vez que se desarrollan la amistad y la vida social. El Taller es, en este sentido, una manifestación orgánica de lo que, en general, son las redes sociales informales en una población. En un contexto de amistad, se aprende y se impulsa la liberación y el desarrollo personal y colectivo.

—Todas somos vecinas —continúa la señora Laura— y tengo una comadre que tiene como 65 años y ella es una de las buenas pa' trabajar. Es bien entusiasta, súper entusiasta. Tenemos tres niñas jóvenes. Está mi hija que tiene 26 y otra lola que tiene como 28. Las demás somos todas cuarentonas, pero por sobre todo nos gusta aprender. Yo les digo: 'mientras más viejas, más tenemos que aprender'. Es bonito aprender, no porque haya pasado la edad vamos a dejarnos estar... El año pasado tuvimos una experiencia bien bonita: trabajamos todo el año, vendimos sopaipillas, hacíamos frituras, de todo, y juntamos 150 mil pesos, y nos reunimos las diez socias que habíamos el año pasado, y vino la Pascua y nos fuimos a una comida a un restaurant, a 'El Torito', y nos fuimos todas y llegamos como a las dos de la mañana. Los maridos nos fueron a buscar no más. Pero lo pasamos súper bien y nos hicimos un regalo a cada una. Nos compramos una polera al gusto de nosotras. Fue linda la experiencia.

127

Es evidente que la 'experiencia social' de juntarse, trabajar juntas y divertirse juntas constituye una forma de camaradería femenina que contribuye de modo notorio al desarrollo personal. Las relaciones de amistad componen buena parte del éxito relativo de los Talleres femeninos. Este mismo tipo de relación se cultiva en los Centros de Madres, cuyo origen histórico es distinto al de los Talleres pero que, en la práctica, realizan el mismo tipo de actividades y funciones. También allí la camaradería femenina se realiza con el pretexto de asistir a cursos y hacer trabajos artísticos y productivos. Es lo que ocurre en el Centro de Madres de la población San Francisco, donde la agrupación de mujeres funciona principalmente en relación con un taller de pintura. La atracción que ejerce sobre las socias o asistentes es la misma que se encuentra en un Taller propiamente tal.

—Nosotras hemos hecho pintura en bower, en género, repostería, peluquería, tapicería, tejido, pero sobre todo pintura en género —informa la señora Sarita y otras socias del Centro de Madres—, pero lo principal es que uno se relaja aquí. Una se olvida de todas las cosas de la casa y de los problemas, po'. Uno se siente bien. Yo estoy deseando el día viernes para venir a clases... Traemos a los niños al Centro de Madres desde guaguas... Mi hija se crió aquí, venía en cochecito... Por eso somos familiares casi todas... Aquí está mi hija y ésa es mi nieta... Por ejemplo, yo vengo porque mi mamá era una de las socias y me traía, y ahora yo vengo y traigo a mi hija... Me contaron que mi abuelita estaba primero que todas, entonces después mi abuelita entusiasmó a mi mamá.

Entonces mi mamá vino y el primer día que vinimos ella no habló nada, ni pintó tampoco. Quería aprender mirando a todas como pintaban...

Las socias del Centro de Madres de la población Dintrans —son cerca de 30 en total— valoran por sobre todo el espacio de libertad y desarrollo que les proporciona el Centro, cuyas reuniones son de importancia fundamental en su existencia como pobladoras.

—Nosotras estamos en receso durante enero y febrero —informan las socias de ese Centro— pero siempre extrañamos el Centro. Todas llegamos en marzo: ‘joh, si los días martes añoraba venir para acá!’, porque aunque uno se entretenga con la familia, como que falta algo, que es para nosotras el día martes. El día martes para mí es mi día... el día martes es sagrado, no hay dentista ni nada para mí, solamente el Centro de Madres... Uno siente añoranza de esto, digo, de estar aquí unías... Es como un tiempo dedicado a una, porque una en la casa cocina, hay que lavar, hay que ver al marido, hay que ver los hijos. Yo no estoy en contra de eso, a mí me gusta la familia, pero yo creo que este tiempo de compartir es importante, porque aquí uno se olvida y aquí se ríe... Compartir con la familia, uno comparte todo el resto de la semana... Estoy acostumbrada, compartimos entre todas una cosa u otra, una conversación, lo que sea, pero eso es ya una gran cosa para mí. Cuando hay problemas se olvidan esos problemas; están en la casa: no se traen para acá. Aquí compartimos, conversamos de tantas cosas, tantas cosas. Compartimos las penas, las alegrías, aprendimos a ser buenas amigas, a ser leales unas con otras. Nosotros no somos viejas peladoras. No nos juntamos a pelar, sino que uno se auto-capacita, aprende uno ¿ven? Porque esto nos da algunas moneditas para uno, uno vende una pinturita que sirve para tomarse un helado por último... ¡Yo me compro churros! Nos enseñamos a cocinar unas a otras. Uno aprende de todo acá... Y aquí la mayoría hemos pasado por todos los cargos... de presidenta, de vicepresidenta... Hemos aprendido a bordar, pinturas en género, macramé, crochet, hacer flores, lencería... Nos hemos perfeccionado en bordado. Hace cinco años que estamos bordando, esto es ya para nosotros un verdadero Taller.

128

Es evidente que el grueso de las pobladoras que se desarrollan como mujeres, dirigentes vecinales y ciudadanas de nuevo tipo, son *dueñas de casa* que no han podido seguir estudiando ni tienen un empleo asalariado, empresarial o profesional permanente. Son mujeres que disponen de un cierto tiempo local (puede ser sólo un día a la semana si las tareas del hogar son pesadas, o casi toda la semana, si esas tareas se han alivianado) para destinar a actividades de ‘participación’ y ‘militeria social’. Esto implica que casi todas ellas tienen marido o compañero e hijos (chicos o grandes). En este sentido, el tiempo que dedican a ‘participar’ se hace posible porque el cónyuge —el varón de la casa— asume el rol tradicional de *proveedor* de la familia, sólo que con una actitud moderna que implica *aceptar* el hecho de que su compañera haya decidido desarrollarse social y cívicamente sobre la base de realizar actividades múltiples *fuera* del hogar.

—En este aspecto ¡fíjese! —exclama la señora Adriana Soto, de El Trapique— que los hombres dejan que las señoras vayan a los talleres. ¡Ninguno se opone!



—Hoy día el hombre y la mujer tienen que trabajar y tienen las mismas oportunidades —dice la señora Isabel Rosales, de la San Francisco—; es que soy yo la que está chapada a la antigua. A mí mi marido todavía me mantiene. También es chapado a la antigua él. Está criado a la antigua: que el hombre es el que tiene que traer el alimento, el que tiene que cuidar a su vieja, a sus hijos, todo eso... Pero igual yo estoy activa, me gusta todo esto, me gusta ayudar.

—Mi marido estuvo como un año sin trabajo —cuenta la señora Laura, de Puertas de Fierro— y yo ahí me tuve que instalar con un negocio, pero él ahora está trabajando para fuera, cerca de Pichilemu... Así que a él le pagan pensión, todo... El no quería irse, porque toda una vida viviendo con uno y los hijos, todo. Pero como mis hijos ya están más grandes, él salió conforme porque están mis hijos que me podían acompañar. Y eso me da más tiempo también pa' yo poder hacer más actividades también. Porque si él estuviera, yo después de las cinco ya no podría salir. No es que a una la domine el marido, pero uno tiene que estar p'atenderlo. Y no puede decir uno 'yo voy a tomar tecito con una amiga', porque a ellos no les gusta. Y no es que sean machistas ni cosas por el estilo. Uno se acostumbra a esa vida. La dueña de casa se acostumbra a ser responsable, a tener su casa limpia, y tiene un horario para lavar, un horario para ver las comedias, un horario para cada cosa...

El evidente liderazgo femenino vecinal parece no implicar, pues, una ruptura del pacto tradicional de la pareja, sino, más bien, un desarrollo específico que guarda correspondencia con las circunstancias y coyunturas históricas. En este sentido, el dicho liderazgo tiene una base social y coyuntural más ancha que la pura asociatividad femenina y un fundamento histórico en la tradición de las parejas populares, que permiten suponer que su desarrollo podría continuar. Esto puede explicar, también, la tendencia de las redes femeninas a expandirse más allá de los límites de sus poblaciones de residencia y demostrar una sorprendente autonomía frente a la política, las autoridades y las agencias externas al mundo popular.

La expansión de las redes femeninas se está produciendo a partir de sus polos centrales de asentamiento: las Juntas de Vecinos y los Centros de Madres y Talleres. Desde allí se extienden hacia el sistema de instituciones públicas y autoridades, como también hacia la base vecinal y las redes privadas de mujeres ("estamos en el centro de madres, estamos en la aeróbica, estamos en la junta de vecinos: andamos en todas"). Pero a esta red básica debe agregarse la que resulta de sus contactos horizontales, en el ámbito regional o nacional, donde se encuentran en cursos, jornadas y conferencias ampliadas en los que su 'militancia social' es discutida y reperfilada en una matriz de relaciones mucho más amplia que su enraizamiento vecinal. En este sentido, las mujeres dirigentes tienden a adquirir conciencia de que su liderazgo es relevante, histórico y con un perfil político propio.

Como dijo la señora Irma Toledo:

—¿Se acuerda del seminario ése que hicimos allá, de 31 juntas vecinales, donde les tiramos cinco mil orejas al intendente y al secretario? ¡Les dijimos tantas cosas!

—Ellos están en su puesto —apunta la señora Irma Faunes—, pero yo estoy en el mío.

La conciencia de que el liderazgo local no sólo es legítimo, sino de rango e importancia similar a los “puestos” que ocupan las autoridades locales o regionales, se refleja en el sentido de autonomía que expresan las dirigentes locales. Este sentido surge, en parte, del hecho de que ellas, decididamente, anteponen y privilegian “lo social” por sobre lo político, y de que las agencias ejecutoras del desarrollo social —sean estatales, municipales, o privadas como las ONG— son consideradas como “intermediarias” que utilizan a los pobladores para hacer proyectos cuyos beneficios económicos (sueldos, honorarios) o políticos (votos, cargos públicos) quedan en su mayor parte en poder de esos intermediarios.

—Yo te digo —afirma la señora Irma Faunes— que uno tiene que poner primero lo social y después lo político. Eso es lo que tenemos que hacer. Hacer las cosas bien hechas nosotros y entonces ahí ellos la hacen bien.

—Sí, mucho el aprovechamiento —dice la señora Irma Toledo—. La otra vez invitamos a la Isolda Aravena a la sede, la viuda de Oscar Castro, que es amiga mía, y ellos vinieron y tomaron cualquier foto y nunca las vimos. Todas las fotos que se han tomado de esto o de esto otro, de graduaciones y todo, nadie las ve. Y lo peor es que a una la utilizan. La ONG utiliza a los grupos; cuando hay una masa de gente la utilizan pa’ proyectos, y mandan fotos y ‘que hemos hecho esta actividad, y esta otra actividad’, y la utilizan a uno. Entonces somos de utilidad para sacar dinero, para sacar proyectos, para sacar ‘n’ cuestiones. Ese es el problema grave. A una la toman como ejecutora de proyectos para ejecutores que son de más alto calibre como son las ONG. Muchas de éstas presentan proyectos que ellas dicen que necesita la población, y sin hacer diagnósticos.

—Si una Junta de Vecinos presenta un proyecto —tercia la señora Elsa Zegers—, se supone que tiene que invertirlo todo. Pero si viene otra institución de fuera y pone un proyecto, ellos sacan lo que corresponde a sus sueldos. Y son millones de pesos. Y nosotros no cobramos nada. Entonces somos los tontos utilizados siempre.

—Nosotros damos cuenta hasta del centavo —agrega la señora Irma Faunes—; tenemos que dar cuenta en papelitos, comprobantes, tenemos que darlo todo...

—A mí me gusta que sean directas y que nos digan: ‘mira, nosotros vamos a hacer este proyecto y por este proyecto nosotros estamos cobrando tanto y ustedes van a ayudarnos y ustedes sacarán la ganancia que es aprender y nosotros sacamos estos frutos’... ¡Pero no nos utilicen! Nos quitan tres horas utilizándonos... porque nos sentimos utilizadas..., enseguida ni siquiera nos dan las gracias...

—A una le estrujan el cerebro, le sacan lo mejor y eso que uno entrega lo agarran, lo escriben y lo presentan como proyecto de ellos.

—¿Qué es lo que dije yo? —pregunta la señora Irma Faunes—. A mí no me saca nadie nada más. Lo que yo tengo aquí yo lo doy para mi gente y yo no lo voy a dar para otros. Porque ellos vienen a ver cómo uno trabaja, cómo uno lo hace... ¿No le dije? ¡Esa pillaría a mí no me va!

Sentirse utilizado o sentirse objeto de “pillarías” implica no ser un mero seguidor, cliente o séquito de instituciones o agencias de “más alto calibre”, sino, más bien, representantes o instrumentos de una cierta soberanía local. Constituye una clara expresión de autonomía. Es, sin duda, la conciencia de esta autonomía lo que determina la actitud u opinión de estas mujeres dirigentes respecto de las autoridades o de la clase política.

—Los humildes trabajan y no tienen porque pagan todo lo que deben —dice la señora Virginia Lizana—; en cambio, los que tienen plata no pagan todo lo que deben. Entonces es importante que se hiciera algo por los humildes, por este sector, pero, no sé, no creo que vayan a hacer algo, no tengo muchas esperanzas. Nosotros lo vemos a diario. El alcalde, por ejemplo, ni siquiera se preocupó de venir a la peña, o decir: ‘¡puchas que está abandonado ese sector, voy a ir, me voy a reunir con la gente, voy a escucharla!’ Pero, no sé, yo, por ejemplo, a mí nunca me ha visitado el alcalde... Yo iba para allá. Pero son rebuenos para golpearte tu puerta y decirte: ‘déme su voto’, pero a la hora de los quiubos no pasa na’... te dan soluciones de parche, por ejemplo, en esa cuestión del canal o la de las veredas...

—No es que tengamos una rica relación con la Municipalidad sino con los monitores —dice la señora María Eugenia, de la Irene Frei—, porque el alcalde es una persona inalcanzable. El alcalde es el alcalde y está en su papel de alcalde. Para hablar con el alcalde se sabe que hay que sacar audiencia varios días antes, y para ver al alcalde... mira, nosotros no lo hemos visto desde que andaba en su calidad de ciudadano recolectando votos y después de candidato vino al colegio y después no lo hemos visto nunca más. Así que la gente, mal que mal, ve al alcalde por la televisión o porque lo ve desde fuera en otros lados o en una foto, pero jamás en directo porque él, ahora, se acerque a nosotros. El vino aquí a esa cuestión de los diálogos territoriales y de ahí no lo vimos más. Fue bien bonito eso de los diálogos, fíjate, pero no creo que haya servido de algo, porque hasta la fecha no veo que estén haciendo algo aquí... Te digo que los monitores nos han ayudado mucho, ellos se han entregado mucho, muchísimo a las poblaciones, pero no tenemos la ayuda principal que nosotros necesitamos de las autoridades de más arriba...

Es claro que las dirigentes —que realizan un activo trabajo social dentro de la horizontalidad cara a cara de sus redes y su actividad callejera— evalúan el rol de la autoridad a partir de esa relación cara a cara. En este sentido, sienten que las autoridades “de más arriba” no están operando conforme la lógica del trabajo social, de terreno, de red, sino conforme a una lógica de otro tipo. Valoran, por lo mismo, el trabajo en terreno que realizan “los monitores”, los cuales tienden a integrarse a las redes locales por donde circulan las dirigentes.

—Uno dice las cosas de frente y por su nombre —dice la señora Irma Toledo— y no importa que sea al alcalde, o que sea al gobernador. No hablemos del intendente, porque no lo vemos nunca. Yo no lo he visto nunca. No se ha reunido con nadie y eso que prometió reunirse al menos una vez al año con todas las Juntas de Vecinos, con todas. Y esto no ha pasado en cuatro años que lleva en el cargo.

Está claro que el tipo de ciudadanía que está surgiendo de las redes asociativas de las mujeres dirigentes de los sectores sur y poniente de Rancagua se sustenta en sus ya consolidadas prácticas de 'militancia social', que se basan —como se ha visto— en el trabajo de terreno, en una gestión participativa, en un sentido de igualdad y en un permanente diálogo cara a cara. Es claro que las prácticas de la militancia social son, al mismo tiempo, formas nuevas y emergentes de 'hacer política' local y ciudadana. En este sentido, las críticas que se dirigen a las autoridades dicen menos relación, tal vez, con una eventual inoperancia de esas autoridades, que con el desencuentro que se está produciendo entre las formas antiguas e institucionalizadas de hacer política social (personalizadas en las autoridades de "más arriba") y las formas nuevas y emergentes que se encarnan en el pensar, decir y actuar de las mujeres dirigentes cuyos testimonios se han recogido en este capítulo.

### Las redes asociadas a los actores masculinos

132

Las redes de la dirigencia popular femenina están articuladas en torno a una definida 'sensibilidad social' frente a los problemas del propio entorno; hacen uso 'público' de una disponibilidad de tiempo 'privado' (el de las "dueñas de casa"); se motivan por una necesidad de desarrollo grupal del 'género femenino' de identidad popular; se legitiman por su trabajo abocado al desarrollo de la comunidad local en el sentido del 'habitar' (casa, comida y salud) y han surgido en una clara coyuntura histórica que es no sólo post-dictatorial, sino también 'post-populista'. En este sentido, la 'ciudadanía local' de las mujeres pobladoras se caracteriza no sólo por ser algo nuevo y refrescante que está emergiendo, sino también por una *especificidad* tal que, para su conceptualización y eventual generalización, se requiere, de modo previo, realizar un cuidadoso análisis particular y comparativo de esas redes. En el apartado anterior se examinó, en términos más bien globales, esa especificidad particular. Aquí, se las comparará con el tipo de (¿nueva?) ciudadanía que, potencialmente, contienen las redes masculinas de las poblaciones populares de Rancagua.

Es evidente, según se verá, que las redes sociales configuradas por los hombres de las poblaciones del sur y poniente de Rancagua no tienen las mismas características que las de las mujeres. Es cierto que comparten con éstas el hecho de que han surgido también en una coyuntura post-dictatorial y post-populista y que, como las de ellas, las redes masculinas apuntan de un modo u otro al desarrollo de la comunidad local desde una cierta sensibilidad social. Sin embargo, hay diferencias significativas. En este sentido, es central, por ejemplo, el hecho de que las redes masculinas, con relación al desarrollo local, *no estén mediadas ni motivadas por un afán de desarrollo grupal del 'género'*. Los hombres no aparentan estar preocupados por la situación histórica de su 'género'. Tienden a creer que, en este aspecto, no ha habido cambios (ni para mejor, ni para peor) y que su género no está experimentando hoy ningún grado de crisis. No hay, pues, una

motivación de este tipo que esté gatillando su actuar en red ni sus trabajos de carácter cívico: no se buscan los unos a los otros para potenciarse en términos de su masculinidad, como ocurre en cambio con las mujeres (que sí creen estar viviendo un cambio importante en este sentido). Para ellos, la identidad genérica sigue siendo la tradicional: la de ser trabajadores-proveedores, jefes de familia y vecinos con potestad cívica. En este plano estiman que no ha habido cambios de tipo sustantivo —o sea: respecto al ‘principio’ masculino de articulación de la vida social— y tienden a no percibir en toda su extensión los cambios que se han producido en las *condiciones estructurales* del trabajo masculino y, ligado con eso, en la *posición relativa* del trabajador masculino dentro del espacio público de tipo político-parlamentario; cambios que, sin embargo, están afectando la ‘eficacia’ de su rol tradicional de proveedor y la ‘legitimidad’ de su (tradicional) liderazgo vecinal.

De este modo, para los hombres, el problema que merece ser estudiado y discutido (en tanto los afecta a ellos y a los jóvenes) es el problema laboral y todo lo que se asocia con él: el problema sindical, la ausencia de populismo, el futuro de la familia, etc. En la medida en que la ‘militancia social’ (que practican sobre todo las mujeres) *no resuelve* de por sí el problema laboral, los hombres tienden a restarse (en la medida de lo posible) del activismo demandado por esa militancia: su colaboración, en este sentido, es puntual, selectiva y algo a regañadientes.

Objetivamente, como revelan las cifras y los hechos, el nuevo modelo laboral ha dañado profundamente la eficiencia del rol masculino popular con respecto a la familia y la sociedad global. Esto ha desencadenado una cierta ‘crisis de género’, en tanto se ha deteriorado el rol del ‘proveedor masculino’. Sin embargo, los hombres —como se dijo— no perciben eso como un problema de ‘género’ (pese a que la crisis laboral ha gatillado cambios en su conducta global, como afirman sin titubear sus propias mujeres, según se vio más arriba), sino como un aspecto de la política económica y de la variable ‘empleo’. Respecto a las variables no laborales de su condición de ‘género’ —vida vecinal, por ejemplo— han continuado aferrados a las prácticas y actividades que les son tradicionales: las ‘entreteniones físicas’ de los niños, los jóvenes y de ellos mismos; las actividades sociales ‘cotidianas’ (juegos de mesa y pláticas bajo techo, en la sede del club); las actividades de la ‘liga’ (partidos de fútbol, rayuela u otros, pactados periódicamente) y las ‘colectivas’ (fiestas vecinales celebradas en calles y pasajes, y paseos comunitarios fuera de la ciudad).

En la época del populismo, las actividades ‘vecinales’ tenían para los hombres adultos un rango secundario y marginal, dado que las actividades ‘públicas’ de tipo sindical, político-populista y de diversión grupal más institucionalizada (red de cantinas, casas de prostitución, estadios, etc.) eran claramente dominantes. Con el eclipse progresivo de las actividades ‘públicas’, las de tipo ‘vecinal’ han llegado a ocupar, desde la década de 1980, un lugar prominente. La razón de ello es que, a su función tradicional (de distracción), las actividades vecinales han adquirido, para los hombres adultos, un rasgo adicional que hoy resul-

ta esencial: se han convertido en actividades de ‘refugio masculino’ frente a la grave crisis laboral que los afecta, y de ‘crisálida’ para el desarrollo de un nuevo *posicionamiento* del hombre popular en la comunidad local y en la sociedad global. El trabajador masculino, de hecho, ha sido expulsado del céntrico sitio que ocupó en el espacio público durante el período populista (1938-1973, sobre todo) y forzado a radicarse como mero ‘poblador’ en el espacio local-comunitario liderado hoy por sus propias compañeras. En rigor, ha sido forzado a cambiarse de posición dentro del espacio público, pasando del ámbito sindical-político-parlamentario al ámbito social-comunitario; desde una forma ‘nacional’ de definir su identidad y su género —forma que rigió a lo largo de las décadas populistas— a otra forma ‘vecinal’, respecto a la cual no tiene ni tradición ni recuerdo de adscripción política, sino, sólo, suplementaria, casi de mera ‘entretencción’.

El trabajador masculino popular está viviendo, pues, los efectos combinados de una importante crisis laboral, pero al mismo tiempo los desafíos de tener que recrear su auto-percepción política y su condición de ciudadano en el espacio local-comunitario, en compañía de una mujer adulta que tiende a liderar ese espacio, y de jóvenes que necesitan, más que ningún otro, construir un tipo de ciudadanía protagónica desde dentro de ese mismo espacio. Es como si el conjunto de la clase popular hubiese sido reagrupada al interior de una ‘lata de sardinas’. Que, con ser y todo un espacio estrecho y aparentemente marginal, es —según todo lo indica— ‘su’ espacio natural, propio, el territorio germinal de la soberanía popular y legitimante del espacio público: aquel desde donde puede, mejor que desde ninguna otra parte, sacar fuerzas de sí mismo y decidir los cambios que se necesitan.

El trabajador masculino popular deberá desarrollarse desde aquí —tal como ya lo han hecho la mayoría de las mujeres populares— pero *a su manera*. No tiene otra alternativa. Pero esto no significa que ese desarrollo tomará necesariamente el mismo rumbo marcado por las mujeres.

No hay duda de que ‘su manera’ se configurará según la lógica de las redes sociales que hoy día constituyen su ‘refugio’ y su ‘crisálida’, más que del mero recuerdo de las centralizadas redes públicas que habitó en el pasado. Y en este sentido es importante examinar cómo está instalado en esas redes y cuál es el potencial de desarrollo de las mismas.

Como se señaló más arriba, la memoria de los hombres adultos está identificada con su historia laboral. Con pocas excepciones, esta historia está marcada por continuos cambios de empleo, cambios de oficio y cambios de lugar. Es una historia de movimiento, como de vagabundear a lo ancho y largo del mercado laboral, situación que les impide echar raíces profundas en un solo lugar —incluso en el lugar donde está su casa, su mujer y sus hijos— y desarrollar por completo una mentalidad sedentaria, ‘vecinal’. Es típica la expresión de sus mujeres (ver apartados anteriores): “Mi marido tuvo que salir afuera para encontrar trabajo”. El testimonio de don Orlando Celis, de la población Patria Joven, corrobora eso:

—Estuve en Linderos... y después volví acá a Rancagua, pero primero estuve en Graneros... como trabajaba en construcción, trabajaba afuera. También estuve en El Teniente... Cosas distintas: en el campo, fui carpintero, minero; en la ciudad, fui carabinero... Ahora estoy de vigilante...

El trabajo masculino normalmente es no sólo temporal y “de fuera”, sino que exige levantarse al alba y volver al crepúsculo cansado y sin ganas de hacer nada más.

—Me tenía que levantar a las cinco de la mañana para ir a mi pega y tenía que estar aquí de vuelta a las seis en la tarde. Para allá no había locomoción, así que llegaba como cazuela en la noche. No había locomoción p'al lado de La Granja...

Don Orlando resume el sentido esencial de su vida con una sola frase: “*siempre trabajando*”. Es una frase-resumen, pero es también una imagen que expresa orgullo identitario, orgullo de género y orgullo ético-social por el deber cumplido: don Orlando es un ‘hombre’ en todo el sentido histórico de la palabra. Y es por eso que puede decir: “no teníamos nada cuando nos casamos. No teníamos nada”. Ahora, gracias a su trabajo y a las gestiones de su compañera (que se inscribió y luchó en un comité de los sin casa), don Orlando tiene todo lo (mínimo) que una familia popular necesita, ha educado a sus hijos y ya se ha hecho acreedor del respeto unánime de la comunidad. Se ha ganado, pues, con toda justicia, el apelativo máximo para un hombre popular de verdad: es ‘don Orlando’, no ‘el Orlandito’.

135

El estatus (comunitario) de “hombre hecho y derecho” se obtiene, según se ve, tras una larga carrera laboral y familiar. El máximo modelo masculino popular corresponde a un hombre maduro, que ya no ‘sale’ a trabajar afuera, que está más o menos retirado y al borde de ser, ya, un viejo. Esto implica que los hombres jóvenes deberán luchar largamente para alcanzar ese estatus, y no todos lo lograrán. El hombre joven que vive de “allegado”, por ejemplo, no tiene ese estatus, porque está aún en plena ‘lucha’. Los cabros jóvenes de las esquinas están lejos todavía de alcanzar esa cima; tanto, que, incluso, pueden hallarse ‘en guerra’ (de escaramuzas) con los hombres maduros, pese a que —como lo irán poco a poco descubriendo— difícilmente tendrán acceso a otro modelo masculino que no sea ése. Cuando esto lo tienen claro de partida, los hombres jóvenes optan por seguir de cerca el modelo laboral de sus viejos, como lo revela don Eduardo Cáceres, presidente del Sindicato de Areneros de la población Dintrans:

—Yo me inicié en el trabajo ayudando a mi padre. Lo primero que hicimos fue llevarle el almuerzo al río: nos mandaban con una ollita y a mediodía íbamos a la Escuela...

El ‘hombre’ adulto propiamente tal es, por eso, un actor maduro que tiende a comparar épocas y generaciones: conoció su casa y su barrio cuando el terreno era sólo pastizales o manzanares, y a la comunidad cuando eran parejas jóvenes llenas de empuje. El paso de los años trae para ellos, sin embargo, un sentimiento ambivalente: orgullo por los adelantos materiales de su casa y su población; tristeza y sole-

dad por la cantidad de vecinos y amigos que ya no están, o porque se han ido del lugar, o porque se han muerto. Los hombres adultos no constituyen, por eso, una mayoría dentro de la comunidad local sino, apenas, un grupo; un ‘puñado’, una ‘elite’ (la de los “dones”, “fundadores” o “caballeros”, según la denominación de cada barrio) y, en definitiva, un ‘club’ de individuos que tienen tantos recuerdos e historias para contar que necesitan juntarse en una sede para hablar de todo eso con total legitimidad y libertad. La mayoría de ellos “llegó a la población” veinte o treinta años atrás. Como cuenta el ‘señor Palma’, presidente del Club Deportivo Slater:

—Yo llegué a esta población de ocho años, cuando se fundó la población San Francisco... Habían cuatro casas cuando yo llegué. Hoy, en la actualidad, tengo 65 años.

—Mire, yo tengo 47 años y llevo aquí como treinta años —dice don Raúl Muñoz, del Club Deportivo Patria Joven—; lo que ha cambiado aquí es el trato con los vecinos. Como no están los mismos vecinos de antes... antes era más de camaradería. Usted sabe: los tiempos cambian. Han cambiado los tiempos: quedan muy pocas personas que fueron los fundadores de esta población. Quedan poquísimos. Eso es lo que echo de menos, más que nada...

—Bueno, yo llevo 28 años aquí —apunta el presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans, don Gustavo Miranda— y mi señora viene de cuando se erradicó, en 1965. Oiga: daba lástima ver esta población: era una verdadera callampería, éstas fueron casas prefabricadas... A un par de meses que estábamos acá empezaron algunos pobladores, que tenían más ideas, a organizarse. Ya son difuntos. El finado don Manuel Soza, por ejemplo, gran dirigente. Silvia González es ahora presidente del Club de Ancianos... el finado Toñito también fue dirigente... Pasando el tiempo, ahora la juventud es otra cosa...

—Yo llevo cuarenta años viviendo aquí —observa don Miguel Ramos Pozo, de la población Baquedano—, y de aquí se ha ido harta gente. Los retoños se han ido casando. Entonces todos se han ido. Y, por ejemplo, hay un club deportivo aquí que se llama Unión Baquedano, y hay tres personas no más que son de aquí. Y son como sesenta. Todos los demás se han ido a otras villas, pero vienen a este club. Aquí va quedando muy poca gente de las antiguas, muy pocas familias.

El trabajo masculino —realizado ‘afuera’— es, normalmente, físico y pesado. Cansa (“llegaba a mi casa como cazuela”), de modo que, para la mentalidad natural de ese trabajador, la casa y el barrio necesitan convertirse en una zona de descanso, relajo social y entretenimiento más que en ‘otro’ trabajo adicional. De ahí la tendencia de esos trabajadores a reunirse en grupos masculinos informales, puramente sociales y de entretenimiento, que terminan por convertirse —más temprano que tarde— en clubes sociales y deportivos. La mayoría de los clubes de barrio son, por eso, tan *antiguos* como la población misma, o como el tiempo que llevan los hombres adultos viviendo en la población (20-30 o más años). Los clubes de barrio son, en la historia local, en muchos casos, más antiguos que las Juntas de Vecinos, Centros de Madres y Talleres Productivos; con excepción, quizás, de los Comités o Cooperativas de





**Yo llegué a esta población de ocho años, cuando se fundó la población San Francisco... Había cuatro casas cuando yo llegué.**

Vivienda. En este sentido, de hecho organizaron socialmente la comunidad en una etapa primaria, fase en la que los hombres —más que las mujeres— jugaron un rol predominante. Podría decirse que, en la historia poblacional, el liderazgo masculino, centrado en los clubes de barrio, constituyó una *fase arcaica* pero troncal de la organización comunitaria de las poblaciones. El liderazgo femenino corresponde a una fase más *moderna*, pero sería necesario examinar si éste es hoy más troncal que aquél en la situación que hoy se vive y en las perspectivas de desarrollo futuro.

Los testimonios recogidos revelan que muchos hombres adultos se foguearon como dirigentes vecinales antes de instalarse como dirigentes de club de barrio, y viceversa. El liderazgo social dentro de una comunidad puede originarse y desarrollarse tanto en el campo de la 'autogestión' por la vivienda y la urbanización como en el campo de la 'autogestión' por la vida social interna y la entretención local. Los cargos pueden ser intercambiables y rotables. Sólo el paso del tiempo —a escala nacional y local— ha determinado que los hombres se 'refugien' más en un campo que en otro, y que las mujeres se 'desarrollen' más en uno y no en otro.

Sin embargo, puede ser determinante el hecho de que el nivel de pobreza de una población disminuya o se mantenga estancado. Si se mantiene estancado o aumenta, es probable que la crisis laboral de los hombres adultos crezca a un grado tal, que termine por percutir la desintegración de la familia, con un aumento relativo del número de "viudas" y mujeres solas cargadas de niños. Esto, al parecer, impide o bloquea el desarrollo del liderazgo femenino (que requiere una buena dosis de tiempo libre propio de la 'dueña de casa' que tiene al lado un 'proveedor'), prolonga el liderazgo masculino en el plano vecinal, y torna azarosa la vida local de organizaciones sociales tales como los Centros de Madres y la de los propios Clubes Deportivos. Es el caso, al parecer, de la población Dintrans, en el Sector Sur de Rancagua.

En esta población, la situación de pobreza se ha mantenido más o menos igual por más de tres décadas, en tanto los adelantos de tipo material han sido mínimos. El testimonio de la señora María Eugenia Rivera es, en este sentido, elocuente:

—Si usted se da cuenta, en 31 años esta población es poco el avance, y lo que se ha avanzado es por el esfuerzo de la gente... Vivimos marginados totales. Imagínese: si la caseta sanitaria tiene no más de doce años; antes teníamos todos pozos negros. No teníamos alcantarillado. Como los sitios son chicos, imagínese con pozo negro cómo pasábamos. Y aun hoy, la mayoría de la población tiene todavía pozo negro: hay personas de edad, jubilados, viejitos que no saben juntar los papeles que les pedían para postular a las casetas... En realidad nos falta mucho a nosotros acá, porque si usted se da cuenta, a nosotros todavía nos falta pavimentar la mitad del camino principal de entrada. Las calles no tienen ni pavimento ni nada: puro barro, pura tierra en el tiempo de verano... Pero aquí la mayoría de las calles tienen nombres de alcaldes de décadas anteriores... y no hay letreros de ningún tipo: ni 'ceda el

paso' o 'niños jugando'... No hay tampoco locomoción... Aquí hay mucha gente que tiene las mismas mediaguas de hace 31 años atrás. Imagínese cómo estarán. Son de cuando recién llegamos. No sé cómo esa gente puede vivir así y con un sueldo de 40 mil pesos mensuales, con el que no se puede hacer nada. Y por eso aquí hay muchos hombres alcohólicos y niños que desde chicos dejan de ir al colegio, que después se vuelven delincuentes, drogadictos, incluso hay muchos jóvenes presos. Como usted ve, aquí no hay una cancha de fútbol, porque la que hay pertenece al colegio y el colegio la arrienda hasta cierta hora... Aquí por falta de plata los niños no pueden ir a estudiar afuera para estudios superiores y los padres no tienen para darles para la media... Por eso yo digo: 'la vida de la gente aquí es bastante triste'. Hay trabajadores del río que ni tienen previsión, nada: se enferman y no tienen dónde ir. Aquí han habido personas que han muerto por falta de atención. Hay mucha gente que trabaja en el río. Y hay muchos alcohólicos por el mismo problema que ellos se ponen en la entrada de la población y esperan camiones para ir a cargar, y entonces terminan de cargar, se vienen a la casa y en todas las esquinas hay aquí un restaurant... Se toman la plata. Hay cuatro restoranes en esta población que es tan chica, y fuera que hay otro que es clandestino... Hay otros trabajadores que son temporeros, trabajan diciembre, enero... es pega transitoria, y en los meses de invierno toda esa gente queda sin trabajo. Es crítica la situación de muchas personas. Mi marido está cesante ahora: es obrero de la construcción. Ha salido a buscar trabajo, y no hay... Con 31 años aquí, uno conoce a las personas. La gente se queda aquí y nos damos vueltas en un círculo vicioso, porque los hijos de otros se van quedando con los hijos de uno. Somos prácticamente una familia. Yo me casé con una persona de acá... mi hija está pololeando con un joven de acá; aquí mi vecina se casó con una persona de acá. ¡Y tan lejos que nos queda el centro! Yo tengo todas mis hermanas, mi suegra y mis cuñados que viven acá. Todas casadas acá. Yo llegué soltera y me casé acá. Yo quiero hartito a la población. Aquí se muere alguien y toda la gente coopera con la persona que cayó en desgracia. Sabe, yo encuentro razón que la gente tenga rabia. Y digo: 'éste es mi país', pero este país da tan poco, incluso no da ni trabajo; a uno le da pura, pura nacionalidad no más...

139

La comunidad popular, según se aprecia en el testimonio de la señora María Eugenia, se constituye de todos modos, aun si el nivel de pobreza es alto y duradero en el tiempo. Sin embargo, es claro que la enorme precariedad del tipo de trabajo en que se ocupa la mayoría de los trabajadores masculinos de la población Dintrans ha influido en que las organizaciones sociales, tanto mixtas (Juntas de Vecinos), femeninas (Centros de Madres), como 'masculinas' (clubes de barrio) hayan tenido una historia de relativa inestabilidad. A ello ha contribuido, también, el poco interés demostrado por las autoridades en cooperar con los pobladores en el desarrollo urbanístico de una población que, de hecho, está aislada del resto de la ciudad. Los testimonios indican que, al comienzo, la Junta de Vecinos de la población Dintrans fue activa y obtuvo logros importantes, pero, con el paso del tiempo, la agudización de la crisis laboral y la desaparición de los dirigentes 'fundadores', la situación de las organizaciones locales se tornó crítica. El actual presidente de la Junta de Vecinos, don Gustavo Miranda, dice al respecto:

—Con el paso del tiempo hubo un dirigente, que falleció y que en paz descansa, don Manuel Soza, que fue muy activo. Gracias a él se empezó a tener agua, luz. Eso fue como en el año 1968 o 1969... Yo mismo, en mi primera intervención como dirigente, en 1985, fui participante en los trabajos de pavimentación. Eso fue participativo. Después me retiré una época... Pero sólo cuando se comenzó a modernizar el Colegio Blest Gana empezaron las organizaciones acá. Antes, los Centros de Madres, como usted sabe, existían a nivel nacional y había uno también aquí en la población. Ahora el Centro de Madres de aquí como que no funciona y las señoras se preocupan más del Club de Ancianos, que preside la señora Silvia González... Aquí los jóvenes se casan, viven un par de meses con sus padres, y se van. Otros no: siguen aquí, pero en la cuestión del vicio. Hay jóvenes como de 35 años que prefieren dejar a su mujer y sus niños por la marihuana y el trago. Esta generación es mala y es por eso que, como dirigentes, no nos atrevemos a hacer ninguna actividad social... Todo es protesta y puro molestar al dirigente... A veces tenemos que suspender las reuniones de la Junta de Vecinos porque, de 196 casas, ¿se imagina?, llegan ocho personas. Significa que no hay interés... Antes había más asistencia. Ahora estamos trabajando con un caballero que es poblador también, de muy buena voluntad. Don Luis Vergara, él es ex dirigente de un sindicato de la mina de Machalí. Es muy servicial y nos acompaña. Con él estamos logrando la pavimentación de la entrada...

—Pues fue así como empezamos en esta población —dice don Eduardo Cáceres, también de la Dintrans— y yo, como en el segundo período, pasé a ser dirigente en la Junta de Vecinos... Venía gente del lado sur del río y también llegó gente de los conventillos... Después dejé el cargo porque yo no podía seguir aportando... Tuvimos al principio una cancha o campo deportivo que se perdió, quedamos sin él; era muy importante para nosotros, pero por ahí construyeron el Canal de Relave y se acabó. Hace mucha falta en estos tiempos de ahora... Antes la gente llenaba la sede, la llenaba, a veces quedaba gente afuera. Había mucha participación, sí: gran participación; si no iban unos, iban otros, pero la gente se interesaba. Discutían. Antes, por ejemplo, había dos clubes deportivos. Y en el que yo participaba había una rama femenina que en ese tiempo practicaba básquetbol. Y ellas hacían dinero haciendo rifas y se compraron zapatillas, mandaron hacer equipos y salían a jugar a otras poblaciones. No tenían mucho conocimiento de lo que era el básquetbol... pero estuvimos a punto de tener una cancha para básquetbol. Pero, bueno, en eso vino lo del golpe militar y todo se terminó: la rama femenina, el club también quedó tambaleando... Yo estuve fuera bastante tiempo, retirado y pasaron varias directivas sin experiencia, creo yo, porque cuando uno quiere algo se da la pelea y se resiste, con todas las dificultades que puedan haber... El club estuvo botado como cuatro años, a lo mejor cinco, hasta que nos propusimos algunos (a lo mejor amigos que participaban antes: 'los añejos', como nos llamamos nosotros) reflotarlo. Y ahí está ahora: funcionando, y todos los jueves se reúnen en la sede. Hace como tres o cuatro meses que está funcionando... Al principio este club tenía un nombre que decía mucho: se llamaba Juventud Rebelde, y yo me imagino que en ese tiempo hablar de rebeldía era muy delicado; entonces se optó por cambiarle el nombre y ahora somos Juventud de Alianza... Pero no tenemos cancha y esto significa que hay que salir todos los domingos a jugar afuera y esto significa el doble de gasto económico de las personas que participan. Y aquí comienzan los problemas...



**¿Qué hace la gente aquí para recrearse? Nada... Pero si hubiera una cancha de fútbol o babyfútbol iluminada, los chicos estarían hasta tarde jugando, tendrían en qué entretenerse.**

**(Población Dintrans, sector Areneros,  
carretera del ácido)**

No hay duda de que la dictadura militar, aparte del control directo que intentó establecer sobre las Juntas de Vecinos y contra todo lo que sonara a 'rebeldía', implicó un cambio radical en la situación global del empleo, lo que sin duda paralizó de algún modo el empuje inicial de la Población, desestabilizando de paso tanto las Juntas de Vecinos como el Centro de Madres y los clubes deportivos. Es notable que, en la población Dintrans, pese a todo lo ocurrido, el club deportivo haya recuperado gran parte de la convocatoria social de antaño. Lo mismo ha sucedido con los clubes de otras poblaciones de los sectores poniente y sur de Rancagua. Y es también notable que la recuperación de los clubes colapsados ocurriera aquí también por la acción restauradora de los que don Eduardo Cáceres llama "añejos"; es decir: los hombres adultos. Es el caso, por ejemplo, de don Miguel Ramos Pozo, que ha vivido cuarenta años en la población Baquedano:

—Antes había dos clubes deportivos aquí: uno se llamaba Independiente Tropezón, que desapareció, que era del sector donde comienza el Regimiento hacia arriba. Al principio se llamó Naretto, en homenaje a un caballero que ayudó mucho, pero el Independiente desapareció. El otro era el Unión Baquedano, que era del sector de acá. Había rivalidad entre los dos sectores de la Población... Me acuerdo que hacían varias actividades, carreras, por ejemplo, que las hacían en la noche. Llegaban donde está el puente, el paso a nivel, y de ahí se devolvían para acá. Pero después, cuando apareció la locomoción... Eso había: clubes, pero de juntarse para hacer algo, Junta de Vecinos, nada. Es lo único que había y nada más. Como le digo, el Independiente Tropezón desapareció (la mayoría de los que eran de allí se fueron de ese sector) y el Unión Baquedano estuvo quince años sin funcionar... perdimos quince años... que no supimos... nadie tomaba la iniciativa. Y hacen como tres años atrás... sí, tres años, más o menos... nos juntamos aquí en mi negocio. Habíamos varios e hicimos un club que se llamó Súper Troncal, pero jugábamos solamente 'baby', un grupito de aquí, con algunos trabajadores del cementerio. Y siempre salíamos los mismos. Fuimos a varias partes, a Los Andes, al sur, pero éramos un grupito de siete o de diez y puro baby no más. Siempre nos juntábamos aquí: jugábamos brisca, y de ahí empezamos a conversar. Un día hicimos una reunión, éramos como quince y de ahí salió de nuevo el Deportivo Baquedano... Se tuvo una sede, me eligieron presidente y estuve como dos años ahí. Dejamos bien encaminado el club y ahora está a cargo de otra persona: don Raúl Cornejo, con la señora de él: la señora Arriagada, que es la secretaria y la que ayuda.

La forzosa movilidad de los trabajadores masculinos y la insistente precariedad de su empleo los compulsa con frecuencia a "irse del sector". Muchos fundadores, además —como se dijo—, se mueren o se vuelven demasiado viejos para ser socialmente útiles. Esto erosiona la estabilidad tanto de las Juntas de Vecinos como de los Clubes Deportivos y de otras organizaciones sociales. Sin embargo, la necesidad del trabajador masculino de hallar en su barrio momentos de entretención y relajo social ("juntarse, jugar a la brisca, conversar") lleva a que muchos clubes erosionados por lo dicho más arriba, tras desaparecer, reaparezcan de nuevo, gracias al empuje de "los añejos" (cuarentones y cincuentones) y a la aparición coincidente

de nuevos trabajadores activos que necesitan entretención y descanso (como los “trabajadores del cementerio” mencionados por don Miguel Ramos). Así, los clubes de barrio aparentan tener varias vidas —como los gatos—, hasta llegar a una edad sorprendentemente longeva, mucho mayor que la edad promedio de otras organizaciones locales.

La longevidad de los clubes barriales, significativamente, se asocia a un objetivo simple: permitir y dar “entretención”, no sólo a los hombres adultos y a los trabajadores cansados, sino también a niños y jóvenes y —lo que es más relevante— a las mujeres adultas, tanto en calidad de “señoras” o “esposas”, como en calidad de “deportistas”. El club, aunque regularmente es de origen y fundación masculina, tiende a comportarse como una institución abierta a la comunidad y procura integrar a todo el vecindario, sin distinción de edad o sexo. La simplicidad y universalidad de su objetivo más ostensible (“entretenerse”) lo hace relativamente neutro e inocho (de modo tal que nadie podría negarse a participar en él), pese a que su sello masculino es igualmente ostensible para todos. Lo anterior queda expuesto en los testimonios que siguen:

—¿Qué hace la gente aquí para recrearse? —se pregunta doña María Eugenia Rivera, de la población Dintrans—: nada. Entrar a un restaurant... Pero si hubiera una cancha de fútbol o baby-fútbol iluminada, los chicos estarían hasta tarde jugando, tendrían en qué entretenerse. En esta época de verano se juntan en la plaza, se ponen a tomar en la calle, como no tienen en qué entretenerse... La sede está con los vidrios quebrados... compraron una mesa de ping-pong, pero los chicos se aburren de esperar que les toque jugar. Nosotras las mujeres tenemos una rama femenina, participamos como quince señoras... pero no jugamos a nada, como señoras nos da lata. Yo, por eso, concerto los partidos, y cuando estamos de local yo busco quién quiere jugar con nosotros... Cuando es para afuera va mi marido, como él conoce las canchas. Él es tesorero del club. En general participan unas sesenta personas, entre jugadores y socios, maridos y mujeres... Esta es la única diversión que tenemos nosotros: nos desahogamos, nos libramos de tensiones, pero lo que a nosotros nos gustaría tener sería una cancha... Estar saliendo todo el tiempo para afuera es muy cansador: hay que contratar una micro y según la parte a que vayan, mínimo cobran 12 mil pesos y de repente los chiquillos no tienen con qué pagar...

—Aquí, en el Unión Baquedano —dice don Miguel Ramos— participan sesenta o setenta personas. Se está haciendo una buena labor. Es la única entretención que hay aquí en Baquedano. Y en este sector no hay canchas de fútbol, solamente la que hay en la población Lourdes pa' entro. Imagínese, este sector, ¿cuántos años tiene?, y nunca ha tenido una cancha; sólo la de la Escuela Industrial, que era un peladero, y que después la tomó el Regimiento y de ahí no entró nadie más... Compramos una mesa de ping-pong, pero usted verá que el único día que se abre es el viernes. Pero usted la abre y no llega nadie, si en este sector no hay nadie. No hay niños chicos... Yo he luchado por tener una cancha donde practicar para que los muchachos de aquí no se fueran al vicio, que hoy nos afecta casi a la mayoría. La única cancha que tenemos disponible está a diez kilómetros hacia abajo. Tenemos también una cancha de rayuela, de minitejo, para que los socios se entretengan. Y así, aquí todas las noches llega gente...

El club deportivo puede ‘nacer’ para satisfacer una necesidad simple de relajo para hombres adultos y trabajadores, pero es evidente que, al persistir la crisis laboral y educacional, se ‘desarrolla’ como un organización local capaz de evitar o/y moderar la tendencia de los cabros jóvenes a “tomar en la calle” o a practicar otros vicios derivados de las pocas expectativas de empleo estable y educación superior, como sugiere la señora María Eugenia. El club puede ser, pues, no sólo un ‘refugio’ para hombres adultos, sino también un ‘escape’ para cabros jóvenes. Su función social puede, así, irse ampliando y complejizando, terminando por ser útil y funcional para otras necesidades más ‘vitales’ que la simple entretención. En muchos casos, los clubes se han convertido en un polo ‘neutral’ (no político, ni de género, ni de movilización reivindicativa) de *integración comunitaria*, tanto porque reúnen ochenta, cien o más vecinos y vecinas en la cancha cuando juega el equipo local, o cuando “salen” a jugar a otras localidades (en uno, dos o hasta tres buses), como porque organizan paseos colectivos a la playa, o “anticuchadas”, bailes o fiestas navideñas para los niños en la propia población. La “entretención” de una comunidad barrial es algo complejo, que contiene diversas dimensiones: es relajo para el trabajador masculino, polo de reagrupación elitaria para los hombres maduros, centro social abierto de toda la comunidad y ‘campo’ para el ejercicio y desarrollo físico de los niños y la juventud.

144

El club de barrio se nutre orgánicamente de la misma naturaleza social de la comunidad local. A diferencia de las Juntas de Vecinos (que intermedian ‘representativamente’ entre la comunidad local y la institucionalidad pública), los Centros de Madres (que tienen una fuerte ‘especificidad’ femenina) o los Talleres Productivos (que giran en torno a ‘especialidades’ manuales), los clubes de barrio no tienen por fin trabajar las relaciones con el Estado ni especializarse en una sola actividad funcional: son más ‘inclusivos’, y se abren en abanico siguiendo las líneas internas e introspectivas de la sociabilidad vecinal. De todas las organizaciones sociales de base, el ‘club’ es, quizás, la única que incorpora a *todos* los vecinos por igual, según niveles de edad y compartimentos de género (pues incluye “ramas” infantiles, juveniles, de “viejos cracks” y, más a menudo que no, una “rama femenina”). Dada esta composición, no es extraño que los clubes terminen adoptando los rasgos propios de una cooperativa, o de las antiguas “sociedades mutuales”, dado que los asociados se ayudan y auxilian, en momentos difíciles (lo que ocurre con alta frecuencia), los unos a los otros. Como dice don Raúl Muñoz, dirigente del Club Deportivo Provincial Patria Joven (que es de “viejos cracks”):

—Nosotros, los dirigentes, somos como diez, y hacemos rifas y a fin de año hacemos un paseo. Nos conseguimos un balneario por ahí que sea más o menos barato, le cobramos re-poco al que sea socio, y nos vamos todo el día. Cobramos una cuota de 3 mil pesos. El otro ‘muchacho’, el tesorero, le hace a usted de cocinero. Siempre lo hacemos, todos los años y nos vamos por todo el día y lo pasamos bien. Trabaja-



mos hartos para eso: hacemos cuatro rifas al año... Hace como ocho años que estamos funcionando así... Yo ahora juego al lado izquierdo... cuando mi padre estaba vivo, yo iba a jugar a Rancagua... había que ser bueno para ir allá..., imagínese de los años que le estoy hablando: eran tiempos en que a la juventud le gustaba el deporte. Pero ahora los jóvenes no están ni ahí: tienen otras actividades que antes no se veían: los videos, las discos... ¿La sede del club? Este local es mío, se lo presto a los 'muchachos' para hacer una reunión. Hacemos convivencia entre todos. Todas las familias se juntan acá. Se juntan puros familiares... Cuando jugamos van como 18 personas: somos pocos. Pero nos hemos mantenido porque nosotros somos todos cuarentones y tenemos un poquito más de responsabilidad, y todos de padres fallecidos. Uno conoce entonces a los hijos. Es una generación que de chiquititos yo los conozco. Me da la impresión que es una cosa bien familiar, que ya no se ve en otras poblaciones. Y antes éramos más, pero se ha marchado la mayoría... Antes se hacían unas fiestas bien grandes, porque era el único club deportivo que existía, pero ahora hay como tres en la Población... Antes había un club de fútbol femenino, otro infantil. Iba toda la gente a participar con todas las familias, ahora no. El club fue fundado en marzo de 1967. Nosotros queremos reunir a la gente, hacerlos participar y pasar un rato agradable, y cuando llegue el fin de año hacer un paseo. El año pasado les hicimos a los niños unas onces bien bonitas. Después nos reunimos, conversamos, incluso vienen personas adultas y son bien recibidas. Mi familia me acompaña en todo esto. Todo se hace con respeto. Nunca ha habido un problema. Nada: somos adultos ya... Claro, a veces los clubes tienen mala fama, pero, gracias a Dios, nosotros no. ¡Somos tan pocos! Cuando viene una persona nosotros 'veímos' cómo es, y si se toma unos tragos, nos 'hacimos' los lesos, y no lo invitamos más. El club lo compone gente sana, trabajadora, de todos los estratos sociales... A mí me gustaría organizar mejor el club, porque hay harta gente joven, porque no es necesario que sea pura gente antigua. Pero... a mí me enseñaron a ser dirigente, pero a los otros muchachos no les gusta asumir nada, no se calientan el mate.

—Por el mismo club uno conoce a toda la gente —dicen los dirigentes del Club Deportivo Unión Oeste, que une a las villas María Luisa y Jardín Oeste— y nunca ha habido ninguna rivalidad entre las poblaciones, y los días domingo salen todos a jugar... Como juntas vecinales estábamos separados, lógico, na' que ver una con la otra... Mire, el sector de acá es bien unido, nosotros festejamos todo, vamos a los matrimonios, pero en el otro sector no es así porque hay mucha gente que es arrendataria, entonces 'que yo no pago esto o no pago nada'. Nosotros juntamos botellas, diarios, nos movimos cualquier cantidad... Participan muchas mujeres y nos estamos preocupando de los puros niños... Para ellas podríamos hacer aeróbica, no sé, pero van todas las semanas a ver los partidos...

El club deportivo Juventud Santa Julia —de la población del mismo nombre— fue fundado el 20 de diciembre de 1965 con el nombre de Real O'Higgins. Fue campeón del campeonato de los barrios en 1991 y "campeones del campeonato nacional de los barrios el año 86 y 87". Es por eso que sus dirigentes dicen: "a nivel de Rancagua estamos bien catalogados deportivamente", y es uno de los pocos clubes que tiene cancha propia.

—El partido de los domingos es importante para todos —afirman sus dirigentes, los señores José Herrera y José Videla—: para el que puede

jugar es importante jugar, y para la persona más adulta es ir a ver jugar a los más jóvenes. Es una entretención, es distraerse. No es la rutina de estar en la casa: es ver otra cosa. Es matar las tensiones de la semana, olvidarse de los problemas y de las deudas, todo al mismo tiempo... Sí, poh, uno entra a la cancha y se olvida de todo, de los problemas, que está enfermo, de todo... Juega especialmente la juventud, pero tenemos los 'viejos cracks', que son los que tienen de 35 años p'arriba, los que fueron buenos pa' la pelota y están en edad y los que no fueron tan buenos. Tenemos también las infantiles y los adultos, y a veces, por temporadas, las ramas femeninas, que se juntan de repente, más hacia el verano. Tenemos uniformes, estandartes y desfilamos como club. Las mujeres participan, cuando se requiere el apoyo de ellas siempre están presentes... De uno modo u otro la gente se identifica con el club. Cuando salimos afuera llevamos más de cien personas, hasta con dos buses... El día sábado nos juntamos a hacer cualquier actividad, o el viernes, y nos tomamos unas cervezas; también jugamos brisca, o dominó. Este club es la segunda casa de todos. Imagínese: yo llevo veinte años acá y siempre he tenido el apoyo del club deportivo, de los amigos; entonces para todos aquí es como la segunda casa. Es bonito... Todos los años les hacemos una once a los niños, allí en la calle, les compramos helados, galletas, queques. Y lo hace el club deportivo con todos los niños, pertenezcan o no pertenezcan al club. En general, es para la población. Para los jóvenes es también como la segunda casa, porque es lo único en que se entretienen: venir a jugar. Y los fines de semana hacemos anticuchadas, campeonatos de brisca, etc. para 'beneficio'. Por ejemplo: la otra semana que viene hay un beneficio para una persona que lo necesita, que está muy enferma y es de aquí, del club...

146

En general, un club deportivo de población opera con una base social 'asociada' que, como mínimo, tiene veinte personas, y como máximo, sesenta a ochenta. En la cancha, durante "el partido de los días domingo" y cuando se sale a jugar 'afuera', esa base puede aumentar a 100 o a 120 personas. Debe considerarse, además, que un club existe no sólo en razón de la sociabilidad comunitaria, sino también en razón de su capacidad para competir en ligas deportivas locales, comunales, provinciales y en "campeonatos de los barrios". Una de las actividades regulares de un club es "concertar" partidos con otros clubes, contacto que se realiza por teléfono pero, sobre todo, a través de la radio local. De modo que la red socio-deportiva de un club de barrio se extiende, también, a lo ancho y largo de la comuna, provincia o —si se está "bien catalogado deportivamente"— de la Región. Pese a que por su origen y obvia identidad masculina los clubes tienden a crear, a veces, una cierta mala fama (porque se toma cerveza en la sede, o porque en los partidos que se pactan 'afuera' el club anfitrión atiende a la visita con sandwiches, empanadas y, a menudo, con chicha y vino tinto, lo que puede dar lugar a borracheras y peleas), lo cierto es que su red social es extensa y perdurable, lo que, a la larga, termina por convertirlo en "la segunda casa" para casi toda la comunidad. Es lo que lleva a las mujeres, en definitiva, a ignorar esa 'mala fama' y a participar en las actividades de esa 'segunda casa de todos'.

La participación femenina se da de dos modos: o en la dirigencia del club, o en la actividad deportiva propiamente tal. Por lo común, los diri-

gentes masculinos son cuarentones o cincuentones que ya no juegan, pero que, por vocación o simple sociabilidad, se hacen cargo de la 'gestión'. Esto implica que, a la rutina de ir al "partido de los domingos" o a los "paseos del club", se suma una serie de compromisos y tareas que sobrecargan el tiempo del dirigente. Nada más natural que interesar a sus respectivas señoras en "cooperar" con esas tareas, dado que ellas ya conocen a la mayoría de los socios a través de los partidos, fiestas y paseos. La rama de "las señoras" es así cooptada más o menos directamente a los niveles de 'dirigencia', pero para hacerse cargo de tareas 'subdirigenciales', tales como secretaría (que incluye "concertar" los partidos a través de la radio o por otros medios), tesorería y aun subtesorería. Por tanto, la gestión de un club (rol que no asumen los que sólo quieren "jugar") tiende a quedar en manos de las "familias fundadoras" (constituyendo una especie de gerontocracia), que son las que se esfuerzan por imponer valores de compromiso institucional, responsabilidad administrativa y seriedad ética. O, como dicen ellos: "normas de respeto".

—Este club —dice el señor Palma, presidente del Club Deportivo Slater, de la población Lourdes, fundado el 27 de noviembre de 1962— arrienda este local, la sede. Estamos pagando 100 mil pesos mensuales, con el sacrificio de todos. Somos los socios antiguos que estamos cooperando, porque con los jóvenes en realidad no pasa na'. Tú sabías que la gente mayor está retirada a los cuarteles: ya no hace deportes. Yo soy mayor... pero nací con el deporte en la sangre... Y la señora que viene entrando es mi brazo derecho. Ella es la señora tesorera. Es un orgullo tener esta señora aquí: ella se pone las pilas a todo dar... Somos como veinte socios los que estamos cooperando y varios están atrasados en el pago de cuotas. Entonces hacemos anticuchos, con hartito sacrificio de las señoras, y se venden el día viernes y el sábado, porque estamos haciendo un campeonato, una olimpiada aquí en la población. Aprovecho de invitarlos a todos para que vengan a cooperar...

—Yo me metí a trabajar al club por un chico que tenemos que empezó a jugar en la infantil —dice la señora secretaria—; en la infantil empezó a jugar y nosotros comenzamos a salir a otras partes a verlo jugar... Entonces, después con mi marido nos hicimos socios del club... Y después me metí a ser de la directiva y con ella, mi amiga (la subtesorerera), somos las únicas dos mujeres que trabajamos. Somos las únicas. Igual, de repente, a los partidos van algunas señoras para cooperarnos, siempre cooperan... Nosotras, ahora, con el campeonato, salimos a las ocho de la casa y llegamos a las doce de la noche a la casa, de vuelta. Imagínate: salir con todos los tiestos: hacemos papas fritas, anticuchos, vendemos bebidas, y eso es lo que hacemos, para poder juntar recursos... Y todos los fines de semana estamos clavadas aquí... Llevamos dos meses ya en esto y la cosa ha sido bien entretenida...

—Nosotros tenemos la rama infantil. Una infantil y después vienen cuatro series adultas. Abarcamos la Tercera Edad, la Segunda y la Primera, más los Viejos Cracks. O sea: tenemos cinco series, contando las infantiles. Y los niños son los que inician toda la cosa... La Directiva está formada por: presidente, don Ramiro Palma; vicepresidente, don Jorge Medina; secretaria: aquí la señora; pro-secretaria, la señora Rosa Palma; tesorera: la señora Isabel; sub-tesorera: la señora Teresa; directores:

Fuenzalida, Jiménez y Carlos Pinto. El que hace los equipos en la cancha es el señor Guajardo. Así que saca la cuenta, total: como trece personas.

—Todo es aquí tranquilo —dice la señora secretaria— porque no se admite ninguna persona que venga bebida, ni menos que venga a hacer escándalos, atrevimientos ni nada. Ni niños que griten tanto tampoco. O sea: se toma una disciplina bien... que sea tranquilo todo. Que no vayan a haber ni discusiones ni nada de esas cosas. Ni que molesten tampoco. Todos tienen que respetarse: los niños y los adultos.

La rama de las mujeres “que juegan” tiene otras características. Una de ellas es que tienden a trabajar con cierta autonomía. La “rama femenina” del Club Santa Julia, por ejemplo, funciona “por temporadas”, sobre todo durante el verano. En el caso del Club Deportivo Femenino Estrellas del Poniente, centrado en la población Irene Frei (juega fútbol y vóleybol) la autonomía surgió, en parte, por oposición a los clubes deportivos dominados por los hombres, como lo expresan sus socias-jugadoras:

—Es que nosotras miramos por nosotras mismas también —dice una de ellas—; o sea: ¿que ellos, los hombres, van a jugar y nosotras tenemos que estar mirando? Lo que queremos nosotras es participar también, o sea: jugar. Eso es lo que queremos: salir a jugar... Y es que no hay, poh; o sea: los clubes no tienen ramas femeninas; por ser, en Doñihue creo que hay uno y así que allá nos iban a hacer un partido para jugar baby, pero ¡baby!, nosotras queremos jugar ‘fútbol’...

—Sí, pero antes de que organizáramos esto del club —agrega otra socia— nosotras íbamos a jugar a Santa Elena, pero íbamos solas, porque nosotras, yo y mi hermana, buscábamos niñas para jugar, y nos íbamos al Trapiche a jugar. Íbamos solas nosotras, por ser mi hermana, ella siempre, toda la vida, ha jugado fútbol. Yo hace poco que comencé a jugar, pero es bien rico participar en los partidos... ¡me gusta!

—Sí, poh, nosotras; por ser: aquí en la población, en este pasaje que antes era de pura tierra, nos juntábamos todos los niños. Y jugábamos una pichanga con los hombres. Así que siempre jugábamos nosotras con los hombres y todo. Siempre fue así... Yo juego de arquera, me acomoda.

—La Rosa es la mayor, y tiene 33 años, pero las otras todas tienen 26 o 28 años. La mayor lleva hartito tiempo jugando y es la que tiene más técnica. Ella sabe lo que hay que hacer y las otras niñas, no. Ella como que es la guía.

—¿Los clubes deportivos masculinos? No sé, no me llaman la atención. Lo único que de repente se dedican a tomar, a pelear, a molestar. Y no respetan al presidente, ni a los niños. Como que no me gusta... Están hechos para que jueguen hombres. Yo pienso que son machistas... Y si ellos trabajan, una también puede trabajar; si ellos juegan una también puede jugar... ¿Cómo va a ser pura casa una no más, puro ser dueña de casa, cocinar, hacer aseo, cuidar los niños? Uno también tiene que tener un espacio para distraerse. Yo pienso que los que piensan eso son de puro machistas no más.

—Ellos tiene derecho a salir a divertirse y todo y una, ¿por qué no lo puede hacer? Una también tiene derecho; o sea: es lo que pienso yo. Es mi manera de ver esto, una también tiene que tener su espacio.

—Ha sido bueno organizarnos, porque nosotras hicimos un show, organizamos campeonatos de baby para hombres, hemos hecho yimcanas,

vendimos anticuchos, papas fritas, empanadas, cosas así. Así que ha sido bueno, hemos sabido aprovechar todo para juntar plata para fin de año.

Las Estrellas del Poniente es un club con personería jurídica, que opera con una base de treinta asociadas como máximo (hay dos hombres en el Club, uno de los cuales es su presidente) y ocho como mínimo. Al momento de la entrevista tenían casi cuatro meses de vida, y desde el punto de vista técnico-deportivo, su rasgo más característico es que, al jugar, van rotando los puestos, para cansarse por parejo. Van a jugar a cualquier parte “solas y vamos con los niños y la que quiere ir a mirar, va, pero cada uno se costea los pasajes”, aunque en general tienen pocos desafíos, porque “tienen miedo que les ganemos”. El día domingo realizan su entrenamiento en un potrero cercano a la población, donde suelen entrenar con los hombres “también”. No le temen al hecho de que el fútbol sea aparentemente más rudo que el vóleibol o el básquetbol y, de hecho, lo encuentran “más entretenido y más fascinante”. Pero lo más importante es que, en definitiva, son un grupo de amigas:

—Somos bien unidas. Bueno, porque trabajamos todas, participamos todas, hacemos convivencias, nos reunimos: de repente, que una conversación, que nos paramos en una esquina o nos juntamos en una casa, pero nos juntamos todas igual. Aunque no vamos a jugar, igual nos juntamos y conversamos.

—Y nos tienen miedo. Siempre nosotras invitamos y nunca vienen, porque nos tienen miedo. ¿A qué van a venir, si les vamos a ganar? Pero así, siempre pensamos en que nosotras vamos a ganar...

La sociabilidad vecinal es una necesidad fuerte en los sectores populares. Tal vez mucho más fuerte que en otros estratos sociales. Y es una necesidad de los trabajadores masculinos tanto como de “las señoras”, de la juventud masculina y femenina y de los niños en general. En la medida en que los ‘clubes de barrio’ apuntan a satisfacer esa necesidad, su proliferación, su longevidad, el desarrollo de funciones de cooperación y beneficencia más allá de lo puramente deportivo, se acrecientan. La formación semiautónoma de ramas femeninas, de ramas infantiles, de viejos cracks, la ida a la cancha el domingo, las salidas colectivas y los paseos y fiestas vecinales, etc. no sólo se mantendrán como formas de sociabilidad, sino también como una identidad comunitaria de mucha fuerza que, eventualmente, puede entrar en colisión con las organizaciones ‘especializadas’ o propiamente “funcionales”, tales como las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres, Talleres Productivos, etc.

Es un hecho que los clubes de barrio tienden, en cierto modo, a mantener viva la vieja tradición popular de las ‘sociedades mutuales’, los ‘centros sociales’ y las ‘filarmónicas’, propias de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Como éstas, los clubes de barrio expresan la identidad y la autonomía de las comunidades sociales de base territorial; procuran recaudar y administrar sus propios “fondos sociales”, tener su propia sede, tener incluso su propia cancha; tienden, como aquéllas,

a operar como núcleos de sociabilidad, solidaridad y beneficencia; conservan el antiguo respeto por los hombres y mujeres maduros (dirigentes y viejos cracks); despliegan un discurso educativo hacia los niños y la juventud (pese a los incidentes producidos por el alcohol); ostentan orgullosos símbolos de identidad: estandartes, camisetas y recuerdos de hazañas y héroes locales, etc. Se diferencian de la vieja tradición mutualista en que los clubes de barrio no tienen orientación ni función socio-política, ni participan en la gestión financiera de los grandes fondos sociales (administrados en una época por el Estado Benefactor y ahora por las AFP e Isapres). En este sentido, las Juntas de Vecinos y otros 'organismos funcionales' recogen con menos fidelidad la tradición mutualista (que era autónoma), por lo que reflejan mejor, tal vez, la tradición populista (que implicaba e implica algún grado de clientelismo político).

El 'club de barrio' actual —podría decirse— es un descendiente lejano de la antigua 'sociedad mutual' (que al perder, después de 1931, su autonomía financiera y su identidad socio-política sólo dejó libre al vecindario la autonomía asociativa para efectos de sociabilidad de 'entretención'). En este sentido, es una forma asociativa residual, despojada de los componentes más esenciales de lo que es, en sí misma, la sociabilidad comunitaria. Y es este carácter residual, quizás, lo que ha inducido a muchos analistas a caricaturizarlo como una organización irrelevante, o puramente machista, o catalizador de los vicios típicos del "bajo pueblo", etc. Con todo, es demasiado sintomático el hecho de que, en una situación difícil —como la que el bajo pueblo experimenta desde 1973—, se haya convertido en el "refugio natural" de los hombres adultos, en un "escape" para los cabros jóvenes carentes de futuro promisorio, en una "escuela solidaria y comunal" para los niños y hasta en un 'tipo de emancipación' para las mujeres jóvenes de las poblaciones. Y que, por añadidura, mantenga de algún modo su autonomía frente a las presiones oficiales y al neopopulismo. Es una materia que se debe examinar; es necesario reflexionar y discutir si el aislamiento y desvalorización de la sociabilidad de 'entretención' es lo que ha convertido el deporte en un fetiche cargado de símbolos y pasiones que no se conectan, en apariencia, con los procesos históricos trascendentes; o es otra cosa.

También es sintomático que —como se dijo— los clubes de barrio entren a menudo en colisión con las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres o con otras organizaciones que operan 'de cara' al Municipio, a la sociedad global, al Estado o a otras agencias, especialmente en relación al empleo de los recursos públicos y, sobre todo, al uso del terreno local accesible a la comunidad. En este sentido, es importante lo que dicen los dirigentes del Club Deportivo Slater, de la población Lourdes:

—Y el otro error malo que se está cometiendo aquí, no sé... no hay que pegarle el palo a nadie... es que los campos deportivos, las multicanchas, se las están entregando a la Junta de Vecinos, cuando no tienen ni idea de lo que es un deporte. Porque tú sabís que la gente mayor está retirada a los cuarteles. No hacen deporte. Yo soy mayor, pero nací con

el deporte en la sangre. Yo creo que ahí están un poquito mal las autoridades.

—Lógico. Ahora tenemos un campo deportivo allá adentro, el Lourdes. Desde diciembre, cuando se inauguró, todavía no somos capaces de pisar la cancha, porque todavía no la entregan las autoridades. No la han entregado y se está haciendo tiras la cancha y no pasa na' con ella.

—Hay un terreno allá adentro que... es una punta de diamante... queremos nosotros que lo pase la Municipalidad, y que nos lo empreste. No le estamos pidiendo que nos construya la sede. Estamos pidiendo un terreno, un terreno que está botado, donde van a fumar marihuana en la noche. Hay un basural ahí. Nosotros lo estamos pidiendo para tener una sede. Imagínate: estamos pagando 140 mil pesos mensuales aquí, todos los meses. Así se va a terminar la institución. Eso es lo que tiene que ver la autoridad: ayudarnos, no cerrarnos las puertas.

—Mira, como te digo, este club estuvo botado varios años. Nosotros lo recogimos y le empezamos a dar vida... Para arrendar esta secretaría, el que habla, Medina y varios otros hicimos la plata p'arrendar, hicimos el billete que nos están debiendo... Con los anticuchos que estamos haciendo los días viernes y el sábado hicimos la plata pa' pagar y estamos al día, pero todo el tiempo no va a ser esta cosa... La gente se va a aburrir. Tú sabís, yo tengo 65 años, estoy trabajando por el deporte, por los chicos. Yo ya no voy a jugar a la pelota. Yo lo estoy haciendo por ellos, por los pequeños, y porque tengamos más convivencia con la gente. Más convivencia: nos juntamos, conversamos...

—Y a veces nos va malito —interviene la señora tesorera— y sufrimos hartito también. No todo el tiempo nos va bien. Aparte que, yo le digo, están aburridos con tanto anticucho ya, poh. Debemos cambiar el tema, hacer otra cosa, pero aquí ¿qué podemos hacer? Palmita dice: 'Vamos a hacer esto'; él dice, pero las que organizan y preparan todo el cahuín somos nosotras... Pero, en todo caso, es bonito, no sé, poh.

—Y yo le voy a decir que esa multicancha se construyó y se iba a pasar un tiempo a cada club. ¡Pero no a la Junta de Vecinos! No sé qué pasó que la cancha pasó a cargo de la Junta de Vecinos, y la Junta de Vecinos no nos va a llamar a un campeonato ni nos va a ofrecer nada como deporte. No va a ofrecer nada, solamente cobra el arriendo. La cierran y nos dejan fuera.

—Y nosotras tenemos que estar ahí hasta las 12 de la noche, imagínate, afuera, al frío. Estamos ahí que parecemos chupete helado y a veces hay problemas, porque a veces yo le digo al caballero '¿nos presta la cocina?', y él dice 'no, porque salpican con aceite, y que aquí y que allá'. Y nos deja afuera, al lado de la llave.

—La parte donde entrenábamos nosotros es un terreno de la cancha antigua que está botado también y ahí está funcionando el Centro de Madres, que ocupa un pedacito. Es de 30 por 30 metros. Lo ocupa el Centro de Madres, una casa con una cuidadora, y lo demás está botado. Botado, perdido. Pudieron haber hecho un gimnasio pa' que hagan gimnasia las dueñas de casa por último, o alguien, el que quiera, ¿no es cierto? Las quieren pescar todas, y eso no puede ser. Están matando al fútbol, matando al deporte. Porque, ¿qué hace la Junta de Vecinos? Arrienda la cancha y ni una actividad más. No saben ni jugar a la pelota. Por eso, deben hacerse cargo los clubes deportivos. Tienen que estudiar estas cosas.

—Mira —interviene Patricio Saavedra, del Consejo de Desarrollo Comunal del Sector Poniente, del Municipio de Rancagua—, los clubes deportivos alegan que la Municipalidad no debería pasarle las canchas a la Junta de Vecinos, porque no es una organización que está como capacitada para administrar una cancha, y sí un club deportivo. Muchos clubes tienen ese como resentimiento con la institución... Todas las multicanchas las tienen las Juntas de Vecinos.

Es un hecho que el club de barrio, más que ninguna otra institución, necesita espacio propio. La fuerte sociabilidad vecinal que lo define y caracteriza es de dos tipos: la de un centro o club *social* (requiere, por tanto, de una sede apropiada para recibir a toda la comunidad) y la implicada en la actividad propiamente *deportiva* (requiere una cancha, una multicancha e incluso un gimnasio cerrado, o piscina). Todos los clubes entrevistados se quejan de que no poseen ni lo uno ni lo otro; que los recursos que con esfuerzo logran reunir apenas les alcanzan para arrendar una sede o una cancha. Que la política estatal o municipal de construcción de “centros comunitarios” y “multicanchas” es, en general, correcta, pero que, al asignarlos a las organizaciones funcionales (de relación con el aparato público) crean absurdos cuellos de botella y baja utilización social efectiva de esas instalaciones.

152

El punto central parece ser: ¿por dónde circula el flujo social mayor, autónomo, propio de la comunidad local? ¿Qué tipo de organización vecinal recoge más y mejor la verdadera identidad societal de esa comunidad? ¿Desde qué red asociativa vecinal cabe gobernar o administrar mejor el territorio de uso ‘comunal’ (los viejos “ejidos” de las viejas comunidades latinas)? ¿Debe ser la Junta de Vecinos, el Centro de Madres, los Talleres Productivos, los Centros Culturales o los longevos pero empobrecidos ‘clubes deportivos’ típicos del barrio?

El problema parece no ser irrelevante en términos globales, pero en este capítulo interesa examinar la importancia real que, en las comunidades poblacionales, tienen las redes masculinas. Por lo visto hasta aquí, estas redes, por su extensión, densidad y capacidad movilizadora, no son menores ni menos relevantes que las de mujeres. Al contrario: en tanto se abren en abanico al *conjunto* de la comunidad, organizándola por segmentos de edad, sin que exista tampoco discriminación de género (no se registran declaraciones de machismo excluyente), son, incluso, de mayor ‘representatividad’ que las redes femeninas. Su longevidad y capacidad de convocatoria son también mayores, e incluso aparecen con más frecuencia convocando a “las familias” (como tales), que las organizaciones funcionales. La diferencia radica, tal vez, en que las redes y el liderazgo masculinos se concentran más en el lado estrictamente ‘social’ de la sociabilidad comunitaria, que en su lado tradicional o emergentemente ‘político’; lo que podría aparecer como paradójico. La “*militancia social*” de las mujeres contiene actualmente, en cambio, un innegable elemento de ‘nueva’ política, como se expuso más arriba.

En todo caso, ambas clases de red desarrollan capacidades de tipo autogestionario, tienen memoria de éxitos, contribuyen a crear o consolidar



identidades locales (individuales, grupales y colectivas) y una autopercepción de autonomía. En este sentido, ambos tipos de red son matrices creadoras de “capital social”. Es decir: de capacidades y tradiciones ‘cívicas’ que pueden desplegarse en un sentido u otro y, eventualmente, aplicarse a resolver problemas coyunturales del tipo que sea. Y en cualquier caso, proporcionan los complejos asociativos fundamentales sobre los que se apoya (y desarrolla, al menos hoy) la sociedad civil de tipo popular.

Con todo, no se puede negar que, por origen y sello fundacional, los clubes deportivos son reductos masculinos que, sin embargo, se abren a la familia y a la comunidad. Definitivamente, los hombres no cultivan los componentes de su género en un ámbito químicamente masculino, sino en uno orgánicamente abierto —como se dijo— a los niños, los jóvenes, la mujer, la familia y, en definitiva, a la comunidad. La masculinidad se cultiva, en lo local (dejando de lado el problema laboral), con referencia a ejercicios físicos y a la entretención, pero en presencia y en referencia al contexto global de la comunidad. Hay aquí, por tanto, un discurso de género que —como se dijo— lo pronuncian y personifican los ‘hombres maduros’ (aunque puede ser contradicho en la práctica por los ‘hombres jóvenes’ que juegan, pero que no pueden resolver su problema estratégico: el laboral). Un buen resumen de ese discurso fue expuesto por uno de los dirigentes del club Slater (ya anotado arriba):

—Tú sabís: yo tengo 65 años y estoy trabajando por el deporte, por los chicos. Yo no voy ya a jugar a la pelota. Yo lo estoy haciendo por ellos, por los pequeños. Y porque tengamos más convivencia con la gente. Más convivencia: nos juntamos, conversamos, charlamos.

La naturaleza del discurso masculino es, en última instancia, comunitaria. Pero bajo su amparo surgen, prosperan y sobreviven las típicas formas de entretención y modo de ser masculinos. Expresan esto, en términos de antología, los “clubes de rayuela”. Un esbozo de éstos se expone a continuación.

El Club de Rayuela Unión San Francisco-Lourdes se fundó el 12 de mayo de 1964, con veinte socios fundadores “entre los cuales habían mujeres: estaba la Kunca —muy nombrada entonces— y la hija del Manuel”. El club se cambió varias veces de domicilio, hasta que pudo construir su actual “cancha techada”, según todas las medidas y disposiciones reglamentarias. En la actualidad no hay mujeres-jugadoras. Es, por tanto, un club típicamente masculino.

—A veces los jugadores andan acompañados de sus señoras, pero somos puros hombres. Antes habían señoras que jugaban, en Santiago y Doñihue, ¿te acordai?, y algunas eran mucho mejores que los hombres.

—Esto se juega aquí en invierno, y el verano es tiempo para campeonatos. Entonces se trae el equipo con el que se va a jugar, y se hace un juego aquí y el otro en la cancha del otro. Y todos con ‘recibimiento’... El recibimiento es cuando llegan, temprano... Una vez fuimos a Curicó, llegamos como a las diez y nos atendieron bien, después vinieron ellos

para acá y los atendimos en la misma forma... Bien atendidos. Una vez no más, en Santiago, pasamos hambre... En competencia se dan dos sandwiches y una empanada y después siguen los partidos oficiales, pero acá en el campo, cuando recién uno llega, se toma un vaso de vino o arreglado y después se juega hasta las seis, se come una empanada y juegan hasta las doce y se da un pescado frito...

No hay duda de que “el recibimiento” es el nombre dado a la fórmula masculina-laboral de urbanidad, el modo con arreglo al cual los hombres trabajadores acostumbran a tratarse entre sí: *compartiendo* la entretención, la comida y el trago; es decir: la hora de descanso entre faena y faena. ‘Compartir’ implica dar y recibir; un código social basado en la reciprocidad y la igualdad (excluye, por tanto, la figura del “bolsero”). Entre los clubes de rayuela “el recibimiento” corre por cuenta del club anfitrión; en los clubes de fútbol, en cambio, el consumo de comida y bebida que acompaña a la entretención está abierto al mercado: el que quiera puede vender y cualquiera puede comprar. En este sentido, el club de rayuela es más cerradamente masculino y propio del trabajador con ciertos recursos consolidados. El de fútbol, en cambio, incluye más trabajadores precaristas, de escasos o ningún recurso —que, por lo mismo, buscan ‘refugio’ allí—, lo cual deja campo abierto al juego del mercado libre y a los esfuerzos denodados por financiar las salidas y el consumo correspondiente.

La historia laboral de don Juan Manuel, del Club de Rayuela mencionado, corrobora lo dicho más arriba:

—Yo soy nacido en Valparaíso y casado en Constitución. Después compramos allá y aquí llevo ya varios años, más o menos del año 41. Estuve trabajando en El Teniente y después me fui p’al norte, donde estuve trabajando en las salitreras, y cuando estuvo el Presidente González Videla nos echaron p’acá a los comunistas y ahí me costó entrar a trabajar a la Compañía...

—Yo soy el único que tiene tiempo —dice otro de los socios del club— y yo también trabajo. Tengo mis cosas que hacer, trabajo en micas, pero de repente dejo las cosas que tengo que hacer en mi casa para estar en el club.

—Aquí lo único que no cambiamos es el tesorero, que es el dueño de casa, por la seguridad, porque cualquier cosa que necesite el club, él está aquí en la casa.

En el club de rayuela la ‘entretención’ en sí, como práctica —de sociabilidad y de compartir comida y bebida—, es tan importante como la práctica física del ‘deporte’. Esto ha hecho que muchos vecinos —y vecinas— piensen que no son más que “un grupo de tomateras”. Pero, en realidad, es un club social cuyo deporte central incluye el consumo periódico de alimentos y alcohol, en un contexto de competencia formal y conversación libre. Sobre este punto los socios son enfáticos:

—Hoy ya no hay grupos de tomateras, hoy hay reglamentos precisos... Tenemos una Federación de Rayuela de Chile, asociado según normas del Ministerio de Justicia... La rayuela se reconoció dentro de Chile en 1966 o 1967. Hoy está bajo todas las leyes. Nosotros pertene-

ceмос a la Asociación de Rancagua y ésta pertenece a la Asociación Nacional, donde están todos los clubes... Con la personería jurídica hay más disciplina y si llega un carabinero, ahí está la personería jurídica...

—Uno puede quedarse hasta las doce de la noche jugando y no hay ningún problema, a pesar de que hay bulla... Andamos siempre con la talla. Si uno está esperando a ver qué dice el otro pa' tirar la talla...

—La mujer tiene una idea al revés de lo que es la rayuela, y eso que toda la vida la rayuela no le cobra la entrada a las mujeres... Bueno, mi señora podría decir: 'claro, vai al club y llegai curao todas las semanas', y así pueden pensar que el club es pa' puras tomateras. Pero yo, si no quiero tomar, a mí nadie me hace tomar. Es una imagen mala. Del hecho que te pase a buscar un amigo y llegai curao... Yo no tengo problemas, a mi señora yo le comunico todo.

—Todos conocemos a las señoras y para los aniversarios nos juntamos todos también y ponemos esos tablones de ahí y se hacen bailoteos, con orquesta y todo. Arrumbamos todos los mesones p'allá y vamos bailando. Se saca todo eso y no queda nada de la cancha. El casamiento de mi hermana se hizo aquí mismo también y duró hasta las tres de la tarde del otro día... ¡habíamos más de 150 personas! Fuimos los últimos en salir. Se fueron los cantantes y nos dejaron las guitarras y nos pusimos a cantar nosotros. Yo toco guitarra y otro amigo también. Hay varios artistas. Había un pintor también pero se murió hace como un mes atrás... Cuando un socio se muere el club da una corona y, según, si son de pocos recursos se le hacen unas moneditas para la viuda...

—En la competencia misma se juega por parejas y en total son doce parejas. Juegan seis y luego se hace un intermedio, que sirve para hacer un alto... una copita de vino, con lo que a uno se le arregla el pulso... ¡ja!¡ja! Y para la competencia uno se prepara... Yo le tomaba hasta el día miércoles y ya no tomaba ni el jueves, ni el viernes, ni el sábado y el día domingo andaba impeque, flor... ¡ningún problema! Se hacen maravillas cuando uno tiene ganas...

Las redes masculinas operantes en la población reproducen, de algún modo —según se ha visto—, la red social que se forma en los momentos de descanso en la faena. El trabajo masculino popular es, predominantemente, una tarea física pesada (por ejemplo, el de la construcción) en la que la mujer, de hecho, casi no tiene cabida. De modo que ella, en los momentos de descanso laboral, tampoco tiene cabida: si aparece, es una figura de paso, externa; o sea: un espectáculo. Da lugar a piropos, pullas y conversaciones picarescas. Pero lo esencial es que, en esos momentos, los trabajadores se relacionan entre sí, cara a cara, compartiendo comida, bebida y plática en un claro contexto de igualdad. La estadía en el barrio —tarde, de noche o los fines de semana— es asumida por muchos trabajadores con la misma lógica de esos momentos de descanso: es un momento masculino, de entretenimiento, de comida, de bebida, de "echar tallas" y en una atmósfera de igualdad. La diferencia radica en que, en la faena, el contexto social no es otro que el trabajo pesado y la también pesada autoridad patronal; mientras que, en la población, el momento masculino está rodeado de la comunidad propia. Por eso, la tendencia es 'abrir' ese momento a la comunidad: a los niños, jóvenes y, también, a las "señoras". En este sentido, el rol de "proveedor" (que se cumple de cara a la familia y de 'puertas adentro') se

complementa con el de 'promotor' de actividades sociales, de 'puertas afuera', comunitarias y mutuales, en las que sólo se echa de menos las viejas (y expropiadas) funciones financiero-solidarias y las de carácter político.

La masculinidad popular, en tanto articulada a la comunidad local, no es, pues —según se ha visto— una práctica tendiente a cultivar el 'género' de un modo introvertido, chovinista y excluyente. No aparece, en ningún caso, como un movimiento discursiva o prácticamente orientado 'contra', o en alegato de oposición al otro género. Para las redes masculinas, la mujer es un 'objeto' más bien externo de admiración y deseo si el grupo masculino es de faena o es de esquina, pero es un 'sujeto' o compañera de vida si el grupo es una organización o "club", donde ella es tratada más bien en su respetable calidad de "señora". No hay aquí, en el contexto de estas redes, ni resentimiento ni abuso de género. El problema —por ejemplo— de la violencia intrafamiliar no es algo que se derive de estas redes, sino de situaciones más complejas, normalmente relacionadas con la situación laboral del hombre y con las frustraciones básicas que se derivan de allí, cuando esa situación no es óptima, o es negativa.

### **La sociedad civil popular como entretejido de redes y transición ciudadana**

156

Por lo visto más arriba, puede decirse que la sociedad civil popular no es un conjunto articulado de 'organizaciones', sino una madeja entretejida de 'redes' asociativas espontáneas y más bien de tipo informal. Las 'organizaciones' —que tienden a ser privilegiadas por las políticas sociales y públicas— son, en rigor, sólo la cabeza visible e instrumental de un iceberg de fuerte consistencia social y cultural, profundo e invisible. Y es un hecho que esta articulación vertical de las comunidades populares —donde la masa invisible del iceberg tiende a pesar más como proceso histórico que su cabeza visible— es un rasgo que ha surgido sólo en la fase post-populista y post-dictatorial. O sea: después de 1973. Se trata, pues, de un fenómeno nuevo. Y esta novedad se percibe bien, por ejemplo, en la tendencia de la nueva dirigencia poblacional a sentirse más responsable frente a su "gente" (la masa invisible del iceberg) que frente a las autoridades "de más arriba". Más preocupada de integrarse de modo orgánico a la autonomía de las redes locales que, en actitud clientelista, a la autoridad superior que filtra el paso de 'los recursos'.

El examen —por demás somero— de las redes de la dirigencia femenina y de la dirigencia masculina (sumándolas a las redes de los "cabros chicos" y de los "cabros jóvenes") mostró que, en la sociedad civil popular, hay un movimiento social soterrado que tiene una fuerte 'consistencia socio-cultural propia' y una clara tendencia a consolidar una 'forma vecinal de hacer política'. Que en esa dirección trabajan por igual, codo a codo, tanto las redes bajo conducción femenina como las que reconocen la ya tradicional conducción masculina. No hay duda de que, en esa sociedad civil, se vive un proceso de *transición ciudadana* que se aleja de las formas

clásicas del clientelismo y/o del populismo de masas. Tampoco hay duda —según se desprende también de lo visto— de que esa transición está aún en desarrollo. Que aún no ha culminado. Que aún no se ha manifestado en el espacio público ‘nacional’, o tradicionalmente ‘estatal’, como un movimiento social animado de una clara voluntad ‘política’ de desarrollo.

El punto clave para el análisis se concentra, pues, en evaluar si esta transición soterrada es *reversible* o no. Si las comunidades populares pueden ser empujadas a re-tomar sus actitudes pasivas, meramente seguidoras del vanguardismo partidario y expectantes de los beneficios que tenga a bien dejarles caer el Estado, que fueron típicas de su historia pasada. Si la historia social y popular transcurrida desde 1973 puede ser revertida, anulada y convenientemente reciclada manipulándola desde el timón del Estado y desde el dogma político de la “governabilidad”.

La firmeza y la convicción de los testimonios expuestos invitan a pensar que esta transición ciudadana *no es reversible*. Que las actitudes y conductas que esos testimonios reflejan no están débil y artificialmente implantadas en discursos ideológicos o personalidades carismáticas, sino en un terreno socio-cultural surgido desde el fondo de las memorias populares. Es decir: en el entretreído de identidades infantiles, juveniles, femeninas y masculinas construidas a pulso, a partir de experiencias propias, sobre la base de una permanente autogestión y en orgánica relación con los contenidos atesorados en la memoria social de los propios pobladores. Porque haber conquistado una casa propia, urbanizado una población, construido un sector de la ciudad y tejido punto a punto una densa madeja de sociedad civil, es una odisea que no sólo da para recordar y construir identidad, sino también para sentir orgullo y soberanía, o rabia y rebelión, que son enraizamientos profundos en una *cultura propia*, que en nada se asemeja a los antiguos y volátiles enraizamientos en las abstractas ideologías declamadas por los partidos populistas del pasado.

La sociedad chilena, en este sentido, está parada sobre un iceberg profundo, cuyo movimiento —tal vez— no está siendo suficientemente comprendido. Y respetado. Lo cual puede complicar el momento en que ese cuerpo histórico profundo, removido por alguna coyuntura agitada, aparezca de lleno en la superficie.